EL QUE DEBE VIVIR

Marta Rojas

PREMIO
CASA
DE LAS
AMERICAS
1978

testimonio

Edición: *María del Carmen Pérez*
Diseño: *Umberto Peña*

CASA DE LAS AMÉRICAS
3ra. y G, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

A la juventud
que luchó en cualquier terreno
por la Revolución Cubana, la primera
Revolución Socialista
en el continente americano.

HACIA EL MONCADA: CONTINUIDAD HISTÓRICA

«Cinco años, cinco meses y cinco días después del asalto al Cuartel Moncada triunfó la Revolución en Cuba.» Con esa victoria, resultado del heroísmo y la tenacidad de nuestro pueblo, encabezado por Fidel al frente de su vanguardia armada, el Ejército Rebelde del 26 de julio, y las demás organizaciones revolucionarias unidas, se iniciaba la etapa definitiva de la verdadera independencia.

El Moncada constituyó un revés táctico, pero este revés «señaló el camino y trazó un programa de liberación nacional que abriría a nuestra patria las puertas del socialismo», dijo el Comandante en Jefe, Fidel Castro, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el Informe Central rendido en diciembre de 1975, al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

«Sin el Moncada —agregaba— no habría existido Granma, la lucha en la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del Primero de Enero de 1959.»

El Moncada fue el detonante, fue la aurora, fue La Demajagua de este siglo cubano.

El Moncada desenmascaró a la camarilla proimperialista representada por Batista, evidenciando su naturaleza criminal con los actos de sadismo del 26 de julio de 1953.

El Moncada demostró la incapacidad de los partidos políticos tradicionales para enfrentar y derrotar a la tiranía.

Fue el método de lucha iniciado allí, el que destruyó el aparato político-administrativo de la seudorrepública.

La gloriosa acción del 26 de julio en el Moncada, con su haz operativo, Hospital, Palacio de Justicia y Bayamo fue el alumbramiento de una nueva generación de cubanos que asumiría, con todos los riesgos que entrañaba su empresa liberadora, la responsabilidad de dirigir la revolución verdadera, victoria tras victoria, bajo la bandera de la unidad y los principios.

El 26 de julio de 1953, cuando un puñado de jóvenes de la Generación del Centenario, casi todos armados con escopetas y algunos rifles automáticos, penetraron en la segunda fortaleza militar de la tiranía y libraron un combate desigual, con relación a la cantidad y calidad de las armas en poder del enemigo, se estaba abriendo un nuevo capítulo en la historia de Cuba y en la historia de América.

El General de Ejército de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y Segundo Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Raúl Castro, lo define así: «El 26 de julio de 1953 abrió una nueva fase de la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semicolonial extranjero sobre nuestro país.»

En la posta 3 del Moncada, tomada por el joven abogado Fidel Castro y sus compañeros aquella mañana de julio, se comenzó a destruir el mito —teoría reaccionaria—, de que en Cuba se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. El Primero de Enero de 1959, con la victoria del Ejército Rebelde, el mito se hizo añicos.

El asalto al Moncada fue una acción heroica y cruenta. En las mazmorras del Cuartel, en Santiago de Cuba, y en otros lugares de la antigua provincia de Oriente, fueron asesinados casi un centenar de combatientes revolucionarios, luego de sufrir vejámenes y torturas, a manos de la soldadesca enardecida por el odio, impulsada por sus jefes que exigían dar muerte a mansalva a diez jóvenes por cada militar caído en combate. La sangre de los héroes y mártires, sumada a la acción misma del Moncada y Bayamo, reivindicaron la memoria de José Martí, prócer de nuestra independencia, en el Año de su Centenario, cuando los apóstatas hipócritamente exaltaban su nombre en celebraciones demagógicas y lo negaban de hecho con actos bochornosos e infames.*

En el juicio por los sucesos del 26 de julio —Causa 37 de los tribunales de urgencia—, Fidel proclamó que el autor intelectual del Moncada había sido José Martí, cuyo ideario revolucionario antimperialista constituyó la fuente primera de donde bebieron los protagonistas de aquella gloriosa acción.

Veinte años después, al pronunciar el discurso de la velada solemne por el vigésimo aniversario del asalto al Moncada, Fidel expresó: «Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de julio.»

El núcleo de los dirigentes del Movimiento que asaltó el Moncada, aprendía de Marx, de Engels y de Lenin en medio de la intensa actividad organizativa para la acción, «veía en el marxismo-leninismo la única concepción racional y científica de la revolución, y el único medio de comprender con toda claridad la situación de nuestro país» —ha dicho Fidel.

* Ver Anexo: I. LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CUBA. Pág. 117.

No fue casual que saliera a relucir en el juicio del Moncada la posesión de un libro de Lenin por parte de Abel Santamaría, segundo jefe del Movimiento, cuya gloriosa resistencia en el Hospital Civil Saturnino Lora, lo inmortaliza ante la historia.

«Sí, leíamos a Lenin, quien no lea literatura socialista es un ignorante» —esta respuesta la recibieron los magistrados, entre asombrados y burlones, cuando un abogado de la defensa le preguntó a Fidel si era posible que un tomo de las Obras Escogidas *de Lenin, con la firma de Abel, encontrado por la soldadesca en la Granjita de Siboney, donde se acuartelaron los combatientes antes de partir para el Moncada, fuera lectura habitual de su compañero de armas.*

Recordemos que la década del cincuenta se caracterizó por una irracional histeria anticomunista, consecuencia de la política de guerra fría. Eran todavía los días del macarthysmo, de la llamada «cacería de brujas» en los Estados Unidos y por reflejo en América Latina. En 1953 fueron llevados a la silla eléctrica, injustamente, víctimas de la violencia anticomunista, los esposos Rosenberg.

El antecedente inmediato del Moncada fue el golpe militar del 10 de marzo de 1952, hecho que frustró el tránsito constitucional por la vía de las elecciones generales al estilo «democracia representativa». Estas elecciones debieron celebrarse el primero de junio de aquel año, y en ellas estaba asegurada la victoria del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), fundado por Eduardo Chibás, por escisión del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), durante el período presidencial de Ramón Grau San Martín (1944-1948).

El Partido Ortodoxo constituyó un movimiento cívico-político en el que se agrupó gran parte del pueblo, descontento con los desmoralizados gobiernos auténticos de Grau

y Prío. La ortodoxia había logrado aglutinar considerables masas de jóvenes de todos los sectores de la población; entre estos se encontraban muchos de los que posteriormente integrarían la vanguardia de combatientes del Moncada. Fidel fue uno de ellos.

El enfrentamiento de Fidel a la desmoralizada política imperante comenzó con anterioridad al 10 de marzo —durante su época de estudiante—, y se caracterizó por su posición firme contra los abusos, el robo oficial, el crimen, el desalojo campesino, la explotación, a cargo del «pulpo eléctrico», de las capas más humildes de la población; su oposición combativa en rechazo al aumento del pasaje de los ómnibus, los desfalcos de las cajas de Seguridad Social de los trabajadores, etcétera, y por la solidaridad con los movimientos revolucionarios en otros países de América Latina, muy significativamente con Puerto Rico y República Dominicana, así como en defensa de la dignidad de la nación y de los más grandes símbolos de la patria.

Entre los días 3 y 12 de noviembre de 1947 Fidel encabezó un movimiento patriótico que conmocionó a la opinión pública nacional: el rescate de la gloriosa Campana de La Demajagua de manos apóstatas, para reverenciarla solemnemente en el Salón de los Mártires de la Universidad de La Habana.

La Campana de bronce, excelso símbolo de la abolición de la esclavitud en Cuba, la más odiosa institución económica y política, la hizo tañer Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, el 10 de octubre de 1868, en el batey de su ingenio azucarero para anunciar la libertad de sus propios esclavos e incitarlos, como hombres libres, a conquistar la libertad de Cuba. La Campana de La Demajagua se consagró también como símbolo de la idea independentista en la lucha por la emancipación del colonialismo español, proceso determinante en la formación de la nacionalidad cubana, fundida definitivamente en el crisol de los campos de batalla, a fuego de fusil y carga al machete.

Esta reliquia histórica pretendía ser utilizada en sucios rejuegos políticos del desprestigiado régimen presidencial del doctor Ramón Grau San Martín, pero la maniobra fue denunciada oportunamente por ciudadanos manzanilleros y por los estudiantes universitarios en La Habana, quienes, unidos a los veteranos de la guerra de independencia, que reprobaban el traslado de la Campana a La Habana para los fines señalados, emprendieron una hermosa jornada de rescate moral de dicho símbolo. Este movimiento patriótico tuvo como promotor y líder a Fidel Castro, quien por entonces era estudiante de la Facultad de Derecho y tenía 21 años.

Mas la acción no se limitaba a venerar el símbolo, que los veteranos le entregaron a él en representación de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU); Fidel planteaba ya entonces la necesidad de la toma del poder para hacer la revolución.

Su plan consistía en reunir a las masas en un gran mitin en la escalinata de la Universidad para denunciar el mal gobierno auténtico, y que en un momento de máxima agitación política —en medio del clima de repulsa al régimen y de agudas contradicciones internas, incluso entre el Presidente y el Jefe del ejército, que caracterizaba a aquellos días—, se tocara la Campana, como se tocó para iniciar la guerra por la independencia, y con aquellas masas rebosantes de fervor patriótico, marchar hasta el Palacio Presidencial para exigir la destitución de Grau; tras el derrumbamiento del régimen se establecería un gobierno revolucionario.

El robo de la Campana por elementos gansteriles al servicio del Gobierno frustró el desarrollo del plan según estaba concebido y el combate que tuvieron que librar Fidel y sus compañeros junto al pueblo a partir de ese momento, fue por la devolución de la reliquia a la ciudad de Manzanillo donde se le había entregado, batalla que culminó victoriosa en pocas horas.

Al año siguiente Fidel integra la delegación de la FEU que participa en el Congreso Latinoamericano de Estudiantes

celebrado en Colombia, y su estancia en Bogotá coincide con la insurrección popular espontánea conocida como «El bogotazo», con la cual se solidariza. El asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaytán, ordenado por la CIA, tiene su repulsa, la que manifiesta activamente, junto al pueblo colombiano, en los hechos que se desencadenan el 9 de abril de 1948 en la capital colombiana.

El 11 de marzo de 1949 también Fidel en compañía de los dirigentes estudiantiles universitarios, de militancia comunista, Lionel Soto[1] y Alfredo Guevara (integrante de la delegación de la FEU al Congreso Latinoamericano de Estudiantes en Bogotá), con quienes había emprendido dos años antes la movilización por la reivindicación de la Campaña de La Demajagua, y de Baudilio Castellanos, también dirigente estudiantil, dirigió una combativa protesta a la que se unió todo el pueblo habanero, encabezado por el estudiantado universitario. Ahora se trataba de una manifestación, seguida de denuncias ante las autoridades competentes, para limpiar la ofensa hecha a la dignidad nacional, por un trío de «marines» yanquis de los barcos Rodman *y* Hobson, *que mancillaron la estatua de José Martí en el Parque Central. Este fue uno de sus combates más significativos de esta etapa. Por primera vez se apedreaba en Cuba a la embajada norteamericana en respuesta a una ofensa yanqui, en este caso realizada por «marines» borrachos: Richard Ewing, R. D. Wagner y D. H. Chinski, identificados por el pueblo cubano cuando insolentes se orinaban en la estatua de Martí y bañaban con cerveza la efigie del Maestro.*

[1] Lionel Soto, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, desde su fundación, y diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Autor del libro *La Revolución del 33*.

Alfredo Guevara, diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y viceministro de Cultura; fundador, desde la creación del ICAIC en 1959, de la cinematografía nacional. Baudilio Castellanos, director de la Empresa Siderometálica. Fue el defensor de los combatientes del Moncada, como abogado de oficio, en la Causa 37.

Carlos Prío que hacía muy poco había asumido el poder, pronto demostró su posición de lacayo al dejar partir impunemente a los «marines» norteamericanos autores de tan vergonzante acción.

El grado de descomposición a que llegó el gobierno de Prío Socarrás no tuvo paralelo en la historia de la seudorrepública. El autenticismo, que había comenzado a cavar su propia tumba a partir del ascenso al poder en 1944, llegaba al nivel de descrédito público más bajo en los momentos en que tenía que medir sus fuerzas en el terreno electoral, con el pujante movimiento ortodoxo que se le oponía.

Cuando era más candente el combate cívico entre el autenticismo y la ortodoxia, se suicida Eduardo Chibás.

La ausencia del dirigente de la ortodoxia desorbitó las aspiraciones de las fuerzas más reaccionarias dentro de aquel partido, representadas por terratenientes y sectores de la burguesía nacional, y provocó divisiones y querellas intestinas entre partidarios de una y otra tendencia; pero aún así no había lugar a dudas de que todavía la organización contaba con el apoyo de grandes masas, y habría triunfado en las elecciones con amplio respaldo popular, incluido el de los comunistas, al enfrentarse al autenticismo en bancarrota y al partido de Batista totalmente impopular, sin perspectivas de recuperarse en ninguna circunstancia.

«El posible triunfo de la ortodoxia —planteó Fidel en el Informe Central— no traía por sí mismo cambios sociales para el país, pero abría posibilidades futuras a la acción de los revolucionarios.»

Acerca de lo que significaba en aquellos momentos la ortodoxia como movimiento cívico-político, agregó Fidel en el propio Informe:

> *En potencia su masa era revolucionaria, pero carecía de dirección correcta... Allí estaba una gran parte del pueblo; pequeña burguesía y también sectores humildes, aunque muchos influidos por la incesante propaganda*

imperialista e incluso con prejuicios sobre el comunismo, pero hastiados de la situación reinante y víctimas de una opresión y una explotación cuyas causas no alcanzaban todavía a comprender profundamente, ansiaban cambios radicales en la vida del país. Exceptuando los sectores conscientes del proletariado, es decir, de los comunistas, y una parte de los trabajadores organizados; nuestro pueblo humilde y explotado, aunque descontento y decidido a luchar contra la opresión reinante, no poseía una clara conciencia del fondo social del drama que vivía. El problema a resolver estratégicamente era conducir esa gran masa por los caminos de la verdadera revolución, que no podían ser por cierto institucionales. Eso lo comprendía ya perfectamente, y en eso pensaba el grupo de hombres que más tarde organizaron la insurrección armada.

De la desmoralización del priato se sirvió Batista para tratar de «justificar» el golpe de Estado del 10 de marzo en que participaron los militares retirados, amigos personales que le sirvieron en su etapa anterior de «hombre fuerte». Al igual que aquella vez, se ufanaba él, con razón, de contar con el absoluto respaldo de Washington, que no veía con buenos ojos la perspectiva de la ortodoxia en el poder. Prío había sido un servidor muy fiel, pero ya no garantizaba los intereses económicos y políticos estadounidenses en Cuba.

Carlos Prío no tuvo reacción ninguna ante el hecho del 10 de marzo; no es absurdo pensar que tal vez se alegrara de no tener que entregar la dirección del Estado a los ortodoxos que le habían amargado la vida... en todo caso no protestó frente al deseo de sus amos de imponer a Batista, como no lo había hecho tampoco cuando los «marines» yanquis profanaron la estatua de José Martí.

Durante su período de desgobierno, Carlos Prío había conseguido y despilfarrado, a su favor, un empréstito de ciento quince millones de dólares obtenidos del gobierno yanqui; se

había enriquecido mediante grandes contrabandos de automóviles, efectos eléctricos, tejidos y drogas, además del robo directo de los fondos del Estado.

Como servil instrumento del imperialismo norteamericano favoreció todos los planes de explotación de nuestros recursos, puestos en práctica con perjuicio para Cuba; aceptó la rebaja de nuestra cuota azucarera en doscientosetenta mil toneladas, autorizó el aumento del precio del consumo de la anticubana Compañía de Electricidad y ante la protesta del pueblo en general, de los obreros y de los estudiantes, consiguió que el Tribunal Supremo refrendara esa medida en mayo de 1949. Además apoyó a los regímenes proimperialistas de América Latina; persiguió tenazmente a los comunistas en Cuba; aplicó la política antiobrera y anticomunista que exigían los monopolios de los Estados Unidos; subvencionó a las bandas gansteriles y abrió de par en par las puertas a la mafia.

Durante su período y con su aprobación se asesinó a los dirigentes obreros Aracelio Iglesias, Carlos Febles, Amancio Rodríguez, José Oviedo Chacón y al trabajador Carlos Rodríguez, este último tiroteado en el transcurso de una manifestación de la FEU, en protesta por el aumento del pasaje en los ómnibus. El joven abogado Fidel Castro se hizo cargo de la acusación contra los asesinos de Carlos Rodríguez.

En febrero de 1952, Fidel Castro, desde las páginas del diario capitalino Alerta, *acusó a Prío de haber utilizado la jefatura del Estado para enriquecimiento propio y de sus hermanos y camarilla; lo acusó también de comandar «la peor tribu de geófagos y malversadores que se haya organizado para practicar en gran escala el robo, el pillaje, el negocio turbio y el saqueo».*

Al mes siguiente, el propio periódico publicaba la denuncia de Fidel ante el Tribunal de Cuentas sobre los robos y otras malversaciones de Carlos Prío, uno de los hombres que había traicionado a la frustrada Revolución del 33, la misma que contara entre sus líderes más prestigiosos con la figura de Antonio Guiteras, asesinado, junto al luchador internaciona-

lista Carlos Aponte —venezolano—, por orden de Fulgencio Batista, según instrucciones de la embajada yanqui.

A Prío podía acusársele de cualquier acto de deshonor, de cualquier traición, de cualquier desfalco, de cualquier orgía, pero a nadie más que a Batista pudo ocurrírsele acusarlo de querer dar un golpe de Estado para mantenerse por la fuerza al frente del gobierno.

Carlos Prío aspiraba a que el autenticismo continuara en el disfrute del poder; pero si esto no ocurría, como era evidente que sucediera, su anhelo verdadero estaba dirigido al goce pleno de su fortuna personal, robada impunemente.

Sobre el «golpe de Estado de Prío», inventado por Batista, el propio Guillermo Alonso Pujol, vicepresidente de la República durante el priato, dijo en un análisis publicado con posterioridad al 10 de marzo: «En esto del golpe de Estado que se dice proyectaba el doctor Carlos Prío, y que el general Batista esgrime, como argumentó Aquiles, para justificar lo injustificable, prima la leyenda.»

Ahora bien, Prío sí sabía —porque incluso obraba en su poder un informe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) al respecto—, que Batista estaba preparando un golpe; que conspiraba abiertamente en unión de sus ex oficiales. En la obra La corrupción política y administrativa en Cuba, *de E. Vignier y G. Alonso, recopilación editada en ocasión del XX Aniversario del Moncada por el Instituto Cubano del Libro, se transcribe el referido informe, firmado por el capitán del SIM, Salvador Díaz Versón Rodríguez, donde se da cuenta de los pasos de Batista en ese sentido. El documento revelador tiene fecha 8 de febrero de 1952. Pero Prío no hizo nada por evitar el golpe y al consumarse éste lo aceptó con su cobardía innata.*

Días antes del 10 de marzo llegó a Cuba Elliot Roosevelt —hijo del ex presidente de Estados Unidos— interesado en comprar una planta de radio. «El lunes 10 de marzo, después de haberse consumado el golpe. Elliot Roosevelt se comunicó telefónicamente con Washington, desde el Hotel Na-

cional, e informó a un interlocutor no identificado, que todo había salido conforme a los planes» —escribió Blas Roca[2] *en la revista* Fundamentos, *de mayo de 1952.*

El 10 de marzo significó: la frustración de las esperanzas del pueblo que esperaba imponer su voluntad en elecciones libres; la invalidez de la Constitución del 40 —una de las primeras manifestaciones populares del rechazo al golpe fue la lucha por la restitución de la Constitución; los estudiantes universitarios llamaron al pueblo a jurar la Constitución en la escalinata del Alma Mater y este llamado se convirtió en una consigna para todo el país—, el artero golpe significaba también el crecimiento de la ofensiva patronal proimperialista, el aplastamiento de las pocas libertades públicas existentes y el cierre de los caminos legales del pueblo.

Los intereses de la oligarquía nacional, mancomunadas con los del imperialismo yanqui, su tutor, se afianzaban con el «cuartelazo». El ejército, que desde 1933 había sido el instrumento del dictador, tendría que recuperar sus «glorias» de eficaz guardián de ese binomio. Ese ejército no estaba hecho para salvaguardar la soberanía del país sino para conculcarla, y únicamente podía ejercerla a plenitud en su oficio de mayoral del yanqui reprimiendo brutalmente al pueblo cuyas tradiciones de lucha habían estado presentes siempre a lo largo de nuestra historia.

«El pueblo recibió el golpe militar y el regreso de Batista al poder como una profunda humillación que arrancaba de sus manos la decisión política del primero de junio, interrumpía el curso institucional iniciado en 1940 y agravaba los males que padecía la nación. Pero estaba totalmente inerme frente a los hechos... y un fiero régimen de represión y violencia se inició en nuestra patria» —señala Fidel en el

[2] Blas Roca, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, vicepresidente del Consejo de Estado y Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Informe Central del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

Fidel a las pocas horas del 10 de marzo indicaba el camino a seguir en una combativa proclama:

> *¿Revolución no, zarpazo!... No fue un cuartelazo contra el presidente Prío, abúlico, indolente; fue un cuartelazo contra el pueblo, en vísperas de elecciones cuyo resultado se conocía de antemano.*
>
> *No se cuál será el placer vesánico de los opresores, en el látigo que dejan caer como caínes sobre la espalda humana, pero sí sé que hay una felicidad infinita en combatirlos, en levantar la mano fuerte y decir: ¡No quiero ser esclavo!*
>
> *Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la Patria pero habrá algún día otra vez libertad.*
>
> *...la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde,* «vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumidos... Morir por la patria es vivir».[3]

Esa no fue su única respuesta al golpe. Como abogado, Fidel presentó una denuncia a los tribunales de Urgencia en la que pedía la pena de cien años de cárcel para Batista por el alevoso madrugonazo. Su petición fue desoída. Luego, el 16 de agosto de 1952, distribuyó un manifiesto editado clandestinamente donde a los planteamientos anteriores agregaba, enfático: «El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor o ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte.»

[3] Verso del Himno Nacional de Cuba.

Como una respuesta a la arenga revolucionaria de Fidel, el joven Abel Santamaría escribía al día siguiente:

«Una Revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya; todo está de nuestra parte... cada uno escoja la trinchera donde mejor pueda servir... ¡adelante!»

Abel y Fidel se unían indisolublemente en un propósito: La guerra justa; emprender la lucha armada para derrocar la tiranía y dar paso a la revolución verdadera, que asumiría el poder.

En su primera alocución a raíz del 10 de marzo, Fidel anunciaba que habría otra vez Mellas, Trejos y Guiteras... quedaba planteada por él, de un modo concluyente, la continuidad histórica de nuestra Revolución, advenía el relevo.

En 1953 se celebraba el Centenario del nacimiento de José Martí. Enero iniciaba el año con un clima de desconcierto y rechazo al régimen del 10 de marzo en su décimo mes de existencia. Los estudiantes universitarios luchaban por mantener la autonomía del máximo centro docente y hacerla extensiva al área que la circundaba, incluido el parque situado frente a la escalinata —actual Plaza Mella— donde el Comité 10 de Enero, integrado por estudiantes universitarios de distintas ideologías, entre los que tenía fuerza el grupo de izquierda y la tendencia definidamente marxista, colocó ese día el busto del dirigente estudiantil comunista, fundador de nuestro primer Partido marxista-leninista, y de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), en ocasión de cumplirse el XXIV aniversario de su asesinato, perpetrado en Ciudad México, por orden del tirano Machado.

Burlando la vigilancia de las fuerzas represivas, la colocación del busto de Julio Antonio Mella se llevó a cabo audazmente, pero al día siguiente el rostro del líder continental apareció manchado de tinta; facciones anticomunistas le hacían el favor a la tiranía al realizar ese acto, pero la afrenta levantó una ola de rebeldía que trascendió más allá del ámbito universitario. La contraofensiva patriótica fue unitaria y se expresó en una manifestación de estudiantes organizada por la Federación Es-

tudiantil Universitaria, en la que participaron otros sectores opuestos al gobierno de facto; en esa manifestación, reprimida violentamente por la policía, fue herido de muerte el joven estudiante Rubén Batista.

La figura de Rubén Batista polarizó la atención de las corrientes revolucionarias y opositoras al régimen. Durante las semanas en que se debatió entre la vida y la muerte en el hospital Calixto García, confluyeron en ese centro jóvenes de todas partes del país; entre ellos Fidel y muchos de los que le acompañarían en el asalto al Moncada. Junto a la cama de Rubén, conoció Renato Guitart a Fidel Castro y escribió con emoción a sus padres en Santiago de Cuba la impresión de ese encuentro. Desde aquel día Renato quedó unido al Movimiento hasta llegar a formar parte de su Dirección; fue su voz la que se escuchó en la posta 3 del Moncada al amanecer del 26 de julio, cuando ordenó a los guardias que la custodiaban: «¡Abran paso al General!», e irrumpió con el primer automóvil de los asaltantes dentro de la fortaleza donde cayó heroicamente.

La prolongada agonía de Rubén Batista —como consecuencia de las heridas que recibió en la manifestación de protesta por la afrenta a Mella—, hasta su muerte, que se produjo el 14 de febrero, y las primeras actividades para celebrar dignamente el 28 de enero en el Centenario del nacimiento de Martí, regían el pensamiento y la acción de los sectores patrióticos organizados, y estimulaban la conciencia cívica de todo el pueblo traumatizado aún por el cuartelazo de marzo de 1952.

La Manifestación de las Antorchas organizada por la FEU para iniciar el verdadero homenaje popular a Martí —en contraposición a la ceremonia oficial—, y la marcha del 28 de enero hasta el Parque Central, han pasado a la historia entre los acontecimientos políticos más importantes de esa etapa revolucionaria. A esas manifestaciones concurrieron los que seis meses después asaltaron el Moncada y Bayamo y tantos otros que no pudieron hacerlo, pero que integraban la vanguardia organizada por Fidel para hacer la Revolución, ya que

como explicara Raúl, al referirse al asalto al Moncada, en su octavo aniversario: «Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres: era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la Revolución.»

En La Historia me absolverá *podemos leer: «Sépase que por cada uno que vino a combatir, se quedaron veinte perfectamente entrenados que no vinieron porque no había armas. Esos hombres desfilaron por las calles de La Habana con la manifestación estudiantil en ocasión de conmemorarse el Centenario de Martí y llenaban seis cuadras en masa compacta.»*

La cohesión y disciplina con que marcharon unos mil doscientos jóvenes, que luego llamarían de la Generación del Centenario, captó la atención del pueblo, que los vio desfilar entre una multitud compuesta por miles de estudiantes y trabajadores en general.

En la noche del 27 de enero se efectuó la Manifestación de las Antorchas desde la colina universitaria hasta la Fragua Martiana;[4] *los mechones encendidos que portaban aquellos soldados revolucionarios anónimos estaban cruzados con largos clavos: iban preparados para un combate frontal con los elementos represivos si eran atacados. El 28 por la tarde volvieron a marchar, esta vez en bloques cerrados, cogidos fuertemente del brazo, constituían una verdadera muralla. La prensa de aquel entonces comentó en sus páginas lo que decían algunas personas cuando distinguieron a ese grupo entre los demás manifestantes, al paso de la multitud por la calle San Lázaro, frente al Parque Maceo: «¡...Ahí van los comunistas!»*

De esta manera, simbólicamente, se fundieron en el Centenario de José Martí las tres grandes etapas de lucha del pueblo cubano, representadas en Martí, Mella y Fidel.

[4] Fragua Martiana. Sitial-monumento erigido en las antiguas canteras de San Lázaro, en la Ciudad de La Habana; lugar donde José Martí, aún siendo niño, realizó trabajo forzado, como prisionero político del colonialismo español.

Como expresó Fidel en el Informe Central: «De mano en mano pasaron los estandartes revolucionarios desde los días gloriosos de La Demajagua hasta hoy. Nuestro Partido es el depositario actual de esos estandartes y con ello de las mejores tradiciones revolucionarias, la historia heroica y los más hermosos ideales de nuestra patria.»

Los seis meses que transcurrieron de enero a julio los ocupó la Dirección del Movimiento en organizar, entrenar y movilizar a los hombres y las armas, en condiciones muy difíciles y sin recursos económicos, bajo un régimen represivo que hacía gala de sus mecanismos de espionaje, soborno y delación. Toda la labor se realizó con una discreción, constancia y sacrificios increíbles.

Fidel había escogido a los futuros combatientes entre la cantera de revolucionarios anónimos, casi todos procedentes de las capas sociales más humildes. Entre los combatientes del Moncada y de Bayamo que cayeron en combate, unos pocos, y la mayoría asesinados en cualquier lugar de Oriente, y más tarde durante la lucha clandestina o en la guerrilla de la Sierra Maestra, había obreros de diferentes oficios, campesinos, estudiantes, profesionales modestos, vendedores, empleados y desempleados.

Eran obreros de la rama de la construcción los hermanos Horacio y Wilfredo Matheu, Reemberto Abad Alemán-Rodríguez, Lázaro Hernández, Pedro Véliz, Armando Mestre, Tomás Álvarez Breto, Rafael Freyre, Hugo Camejo, Flores Betancourt, Pablo Agüero, Emilio Hernández, Manuel Sainz Sánchez, Armando Valle, Juan Domínguez y René Bedia.

Campesinos y obreros agrícolas eran Alfredo Corcho, Manuel Isla, Marcos Martí, Carmelo Noa, Manuel Rojo, Gerardo Antonio Álvarez, José Antonio Labrador e Ismael Ricondo.

José Luis Tasende y Vicente Chávez eran mecánicos de refrigeración; José M. Ameijeiras y Mario Martínez Ararás, choferes; Francisco Costa, ayudante de chofer; Jacinto García Espinosa y Antonio Betancourt Flores, braceros de los muelles; los hermanos Virgilio y Manuel Gómez, cocineros; An-

tonio «Ñico» López, cargador en el mercado y casillero; José Ramón Martínez, curtidor de pieles; Reynaldo Castro, radiotécnico; José de Jesús Madera, obrero sin especialización; Félix Rivero Vasallo, cantinero; Luciano González Camejo, operador de centrífugas; Pablo Cartas, gastronómico; Andrés Valdés, panadero; Ángel Guerra Díaz, chapistero; Pedro Marrero, cervecero; y Víctor Escalona, zapatero.

Entre ellos había estudiantes, profesionales y empleados, como Abel Santamaría, Raúl Gómez García, Boris Luis Santa Coloma, el doctor Mario Muñoz Monroy, Julio Reyes Cairo, Ramón Méndez Cabezón, Elpidio Sosa, Miguel Oramas, Fernando Chenard, Raúl de Aguiar, Renato Guitart, Julio Trigo, Alberto Ortega, Gildo Fleitas, Guillermo Granados, Rigoberto Corcho, Julio Díaz, Ciro Redondo, Roberto Mederos y Gregorio Careaga. Jóvenes sin empleo fijo como Osvaldo Socarrás, Humberto Valdés Casañas, Giraldo Córdoba Cardín (boxeador aficionado), Rolando San Román y José Testa Zaragoza.

Entre los sobrevivientes se repetían oficios y ocupaciones de muchos de los mártires.

Estos jóvenes representaban al pueblo, según el concepto de pueblo expuesto por el propio Fidel en su alegato La Historia me absolverá:

> *Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre.*

Y luego relacionaba:

...los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo...

...los quinientos mil obreros del campo que... trabajan cuatro meses al año...

...los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros... cuyas conquistas les están arrebatando...

...los cien mil agricultores pequeños... que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales...

...los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones...

...los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas...

...los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: «Te vamos a dar», sino: «¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad.»

De ese pueblo se nutrieron las filas de los combatientes del Moncada y Bayamo, se nutrieron las filas de los combatientes de todo el proceso liberador hasta el triunfo del Primero de Enero, y a ese pueblo lo redimió la Revolución Cubana.

Las leyes del Moncada estuvieron concebidas para ese pueblo. Fue a ese pueblo al que se le devolvió la soberanía y ese pueblo conquistó, con su vanguardia armada al frente, las libertades públicas y la democracia política, verdaderas;

confiscó los bienes de los malversadores; resolvió el problema agrario; acabó con las injusticias sociales, con la discriminación racial y con la prostitución; nacionalizó el trust eléctrico y telefónico; emprendió la industrialización; atendió la salud de las masas; resolvió el problema de la vivienda y estableció la más fraternal solidaridad con los demás pueblos de América Latina y del mundo.

Ese es el Programa del Moncada que se cumplió cabalmente por la Revolución triunfante y siguió su avance y profundización armado del marxismo-leninismo, la ideología de la clase obrera, quedando plasmada, definitivamente, en la Primera Constitución Socialista de Cuba.

> *A los cinco años, cinco meses y cinco días del asalto al Moncada triunfó la Revolución en Cuba —expresó Fidel—. Un record verdaderamente impresionante, si se tiene en cuenta que transcurrieron para sus dirigentes casi dos años de cárcel, más de dos años y medio de exilio y veinticinco meses de guerra, lapso en que la correlación de fuerzas también había cambiado lo suficiente como para que la Revolución Cubana pudiera sobrevivir.*

El 26 de julio de 1953 se crece con el tiempo, y su vigencia alcanza a los revolucionarios en cualquier parte del mundo Los jóvenes que lucharon en cada etapa, en cualquier trinchera, prefiguraron el advenimiento de la Revolución Cubana que, iniciada en La Demajagua, sufrió duros embates, traiciones y desengaños, vivificándose en el Moncada para no perder ya jamás el rumbo ni la fuerza, amasada por los trabajadores, conquistadores de un mundo nuevo.

MARTA ROJAS

Abel Santamaría, el más generoso, querido
e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa
resistencia lo inmortaliza ante la Historia de Cuba.

La Historia me absolverá

FIDEL CASTRO

Generales: Abel Santamaría Cuadrado, raza blanca. Natural de Encrucijada, Las Villas, Cuba. Hijo de Benigno y Joaquina. Edad: 24 años (nacido el 20 de octubre de 1927). Profesión: empleado. Estado civil: soltero. Nacionalidad: cubana. Instrucción; sí. Vecino de calle 25 número 164 apartamento 603, Vedado, La Habana. Señas familiares: Talla 180 centímetros. Complexión fuerte. Peso: 75 kilogramos. Pelo, rubio. Ojos, pardos. Cutis, blanco. Señas particulares (Ninguna). Especialidad criminal: DESACATO Y CLANDESTINAJE DE IMPRESOS. *Historial: El 16 de agosto de 1952 fue detenido en compañía de otros cuando trabajaban con un mimiógrafo la proclama subversiva titulada* El Acusador, *donde injuriaban al general Batista y a su Gobierno. Fueron ocupados miles de las expresadas proclamas. Pertenece al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo).*

Eran suficientes los cargos que le formulaba la policía para detenerlo al detectar su presencia en cualquiera otra actividad «subversiva», no obstante haber logrado la absolución por el delito «desacato y clandestinaje de impresos» contra la tiranía.

Pero, ni los mandos, ni la guarnición del Cuartel Moncada en Santiago de Cuba sabían, la mañana del 26 de julio de 1953, que un combatiente irreductible al que acababan de hacer prisionero, vestido con ropas de enfermo, en el Hos-

pital Civil Saturnino Lora, era Abel Santamaría. Su ficha revolucionaria, abierta por los órganos represivos fue ubicada mucho después.

Abel ocupó el Hospital Civil en acción coordinada con el asalto a la posta 3 del Moncada por el joven abogado y exdirigente estudiantil en la Universidad de La Habana, Fidel Castro, y la toma del edificio del Palacio de Justicia por Raúl, su hermano, y demás compañeros, de acuerdo con el plan táctico trazado en La Habana por la Dirección militar y política del Movimiento revolucionario creado y dirigido por Fidel después del 10 de marzo.

El plan de acción era el siguiente: Abel Santamaría, segundo jefe del Movimiento de los jóvenes de la Generación del Centenario, con veintiún hombres debía ocupar el Hospital Civil, con él iban también un médico y dos mujeres que fungían como enfermeras. El Hospital cubría el flanco del Cuartel por su parte oeste, separado de sus edificios solo por la Carretera Central, vía de acceso principal a la ciudad de Santiago de Cuba.

Desde el área del fondo de esa posición, donde se encontraban las instalaciones de servicio del Hospital, dispararían sobre la fortaleza en caso de que fallara el asalto por sorpresa. El factor sorpresa era decisivo para el triunfo de la operación preparada cuidadosamente. Mantener ese bastión tan estratégico con respecto al Moncada, evitaría que el enemigo lo tomara si se frustraba el asalto por sorpresa, convirtiéndose el Hospital en un baluarte en poder de los revolucionarios.

Además el grupo de Abel tenía la misión de brindar atención médica a los heridos, de entablarse un combate, para lo cual llevaban al doctor Mario Muñoz Monroy, médico, y a las jóvenes Haydeé Santamaría,[1] hermana de Abel, y Melba

[1] Haydée Santamaría, miembro del Comité Central del Partido desde su fundación y del Consejo de Estado. Directora de la Casa de las Américas. Melba Hernández, diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular, embajadora de Cuba en la República Socialista de Viet Nam y miembro del Consejo Mundial de la Paz.

Hernández. Como el Hospital parecía ser el lugar más seguro, los combatientes llevaron para allí las proclamas, los discos impresos con himnos, la grabación del último discurso de Chibás, conocido como «El último aldabonazo», el Manifiesto o Programa del Moncada a la Nación, que divulgarían por la radio y los textos de las leyes que se pondrían en vigor, de triunfar la Revolución en aquel momento.

El segundo grupo, integrado por diez combatientes cuyo mando asumió Raúl, ocuparía el Palacio de Justicia, situado al sur del Cuartel, y desde su azotea, punto que dominaba todas las instalaciones del regimiento militar, bloquearían cualquier emplazamiento instalado en las torres del Moncada, en este caso una ametralladora calibre 50 colocada en los altos del Club de Oficiales.

Los demás combatientes, noventicinco, dispuestos para la acción planeada por Fidel, tomarían por asalto, bajo su mando personal, el Cuartel Moncada, la segunda fortaleza militar del país, que en esos días albergaba una guarnición, reforzada para los carnavales, que ascendía a unos mil hombres. El campamento contaba con abundante y magnífico armamento y la relación de soldados-asaltantes, era de quince a uno, a favor de los primeros.

El armamento de que disponía el personal del Cuartel Moncada en aquellos momentos, según sus inventarios, era el siguiente:

2 ametralladoras Browning calibre 50

2 ametralladoras Browning calibre 30

865 fusiles New-Springfield calibre 30

10 fusiles ametralladoras Thompson 45

471 revólveres Colt calibre 45

500 bayonetas para fusiles N-S.

El plan se cumplió al pie de la letra, con discreción absoluta en cuanto al reclutamiento de combatientes, su selección, entrenamiento, compra de armas, adquisición y confección de uniformes, iguales a los del ejército, movilización de hombres y traslado de armamentos a la provincia de Oriente, así como la ubicación de estos hasta la exitosa irrupción en las posiciones escogidas.

Fidel llegó al Moncada a las 5:15 de la mañana con un primer grupo de cuarenticinco jóvenes, precedido de una vanguardia que forzó la posta 3. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, equivocó la ruta al desviarse por la ciudad que no conocían.

Simultáneamente con el asalto al Moncada, en magnifica coordinación, el Movimiento de la Generación del Centenario, producía otro hecho similar en la ciudad de Bayamo, donde veintisiete combatientes trataron de ocupar por sorpresa el cuartel Carlos Manuel de Céspedes de aquella ciudad. El objetivo de la toma del Cuartel de Bayamo era mantener una vanguardia organizada allí en la que podía ser dirección principal de un contrataque del ejército de Batista. La toma de Bayamo bloqueaba cualquier posible refuerzo militar de la tiranía, conducente a la defensa del Moncada.

El fallo del factor sorpresa se produjo al ocurrir un enfrentamiento de los combatientes, al mando de Fidel, con la guardia cosaca que reforzaba la protección habitual del Cuartel Moncada, con motivo de las fiestas de carnaval.

Se trataba de una guardia especial de recorrido, cuya llegada a la posta 3 coincidió con el momento del asalto, por lo que sólo un carro pudo franquear sin incidente la entrada del Cuartel, a la voz de mando de un joven santiaguero —Renato Guitart— que ordenó a los guardias «¡Abran paso al General...!». Los demás debieron seguir a estos carros sin interrupción, pero la importuna guardia cosaca hizo frenar el automóvil de Fidel y él mismo trató de arrestar a la guardia móvil, armada con ametralladora, para proteger a los compañeros que ya habían penetrado en el Moncada.

Esta contingencia imprevisible originó un intenso tiroteo, y generalizó el combate que a partir de ese momento se libró, prácticamente, fuera del Cuartel, junto a sus muros, aunque el grupo de jóvenes que entró al regimiento, avanzó hacia el interior de una de las barracas e hizo prisioneros a decenas de soldados. Estos combatientes eran Pedro Marrero, Jesús Montané, Renato Guitart, Carmelo Noa, José Luis Tasende, Ramiro Valdés y José Suarez Blanco.

Los primeros disparos pusieron en estado de alerta a toda la guarnición, que fue enfrentada heroicamente por aquellos jóvenes, peor armados, pero cuyo coraje y magnífico entrenamiento militar superó en el combate a los guardias del Moncada, aún cuando la diferencia en número, así como en armamento y parque, era notablemente inferior. Las armas de los jóvenes eran casi toda de caza, fusiles, calibre 22, calibre 12, un número de escopetas automáticas, armas cortas, y una sola ametralladora.

En el combate real, que duró hasta las 8:30 de la mañana, los revolucionarios tuvieron solo unas ocho bajas, entre ellos unos tres muertos; mientras que el personal del Cuartel sumó en total diecinueve muertos y treinta heridos. Al producirse el fracaso táctico de la acción fueron torturados y asesinados ochenta prisioneros, entre los primeros estaban los jóvenes detenidos en el interior del Hospital, luego de la larga y gloriosa resistencia, que protegió la retirada de los asaltantes de la posta 3, muchos de los cuales pudieron reagruparse con Fidel en Siboney, e iniciar así la segunda variante del plan: marchar hacia las montañas con el propósito de librar desde allí una guerra irregular; estrategia que después del Granma condujo al Ejército Rebelde a la victoria revolucionaria.*

* Ver Anexo: II. MÁRTIRES DEL MONCADA. Pág. 121.

La ficha policíaca de Abel quedó abierta en los órganos represivos por la impresión del periódico clandestino *El Acusador,* creado por Fidel, quien designó director a Raúl Gómez García, a Abel Santamaría como subdirector, y como redactores a Jesús Montané[2] y Juan Martínez «Tinguao». En este periódico comenzaría a escribir Fidel con el seudónimo de Alejandro.

Para recordar el 16 de agosto de 1952, primer aniversario de la muerte de Eduardo Chibás, se había preparado una edición especial que debía distribuirse —y se logró en parte—, en la Catedral de La Habana, donde los ortodoxos habían ordenado una misa en memoria del líder fallecido, y en el cementerio de Colón, junto a la tumba de Chibás, en horas de la tarde.

Al ir a recoger ejemplares del periódico en el lugar donde se editaba, fueron detenidos Abel, Elda Pérez[3] y Melba Hernández. Las dos mujeres recibieron un «responso« del coronel Ugalde Carrillo, jefe del SIM (Servicio de Inteligencia Militar), y Abel permaneció detenido; habían sido objeto de una delación. Los agentes del SIM detectaron a una parte del grupo: detuvieron a Raúl Gómez García, a Jesús Montané, a «Tinguao»; solamente escaparon de la redada Fidel y Haydée.

El centro de operaciones del naciente Movimiento revolucionario era el apartamento de 25 y O, en el Vedado, donde vivían Abel Santamaría y su hermana Haydée. Fidel y Abel se habían conocido el primero de mayo de 1952, junto a Montané, en el cementerio de la ciudad de La Habana. Los tres jóvenes coincidieron en un acto de recordación por el

2 Jesús Montané, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y jefe de su Departamento para la atención de las organizaciones de masa. Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Juan Martínez «Tinguao», director de una Empresa Turística.

3 Elda Pérez, funcionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

asesinato del obrero Carlos Rodríguez, baleado al protestar por el aumento del precio del pasaje en los omnibus y por el decreto «mordaza» durante el régimen de Prío. Fidel, en su condición de abogado llevó la acusación privada de ese caso de asesinato y logró el procesamiento de los oficiales Casals y Salas Cañizares, autores del crimen impune.

En esa misma oportunidad se encontraron Melba, Haydée y Abel, a quienes presentó Elda Pérez, amiga de los hermanos Santamaría. A partir de ese instante el lugar de cita fue 25 y O.

Jesús Montané ha recordado el encuentro de Abel y Fidel así:

> Después de celebrado el acto nos quedamos conversando Abel, Fidel y nosotros. Muy pronto se estableció una animada y amigable charla alrededor de los acontecimientos políticos del país. Estuvimos de acuerdo en que algo había que hacer para combatir el régimen dictatorial de Batista. Nos lamentamos de la inercia de algunos sectores de la llamada oposición que estaban demostrando incapacidad manifiesta para presentarle un verdadero frente de combate a la tiranía. Se imponía la acción de la juventud, ante tanta politiquería y vacilaciones. En esa conversación ya despuntaba el líder que organizaría masivamente al pueblo en su lucha a muerte contra la tiranía.
>
> Fidel nos hablaba de un médico amigo suyo nombrado Mario Muñoz, que ejercía su profesión en Colón, provincia de Matanzas, siendo además radioaficionado. El compañero Fidel pensaba pedirle que nos construyese dos planticas de radio para operarlas clandestinamente en La Habana.

De ese encuentro salió la decisión de visitar a Mario Muñoz en Matanzas y como el automóvil de Fidel no estaba en bue-

nas condiciones mecánicas le pidió a Abel que lo llevara en su carro.

Se produjo la entrevista con el doctor Muñoz, quien accedió a construir las plantas de radio clandestinas, cumpliendo su misión en brevísimo tiempo.

El Movimiento se fue organizando también con gran rapidez. Las dotes organizativas de Abel, su disciplina y carácter hicieron que las orientaciones e instrucciones de Fidel se ejecutaran con precisión. La organización para la lucha armada que acababa de integrarse tenía una estructura celular, cada célula contaba con un jefe; la coordinación y grado de discreción de los militantes y los jefes de células fue probadamente ejemplar.

La Dirección Nacional del Movimiento estaba compuesta por un Comité Civil y otro Militar. El jefe de la organización era Fidel Castro y el segundo jefe Abel Santamaría. Pertenecían al Comité Militar, Fidel Castro, Abel Santamaría, Pedro Miret,[4] Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Renato Guitart; e integraban el Comité Civil, Fidel Castro, Abel Santamaría, Oscar Alcalde, Boris Luis Santa Coloma, Mario Muñoz y Jesús Montané. Cada cual sólo conocía aquello que por la índole de su cargo debía conocer.

[4] Pedro Miret, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y miembro del Consejo de Estado. Oscar Alcalde, embajador de Cuba en Suecia. Ernesto Tizol, funcionario del Estado.

Abel Santamaría fue puesto en libertad provisional, tras su detención acusado de desacato y clandestinaje de impresos, el 16 de agosto de 1952. Al día siguiente dirigió una carta abierta a José Pardo Llada, comentarista radial de militancia ortodoxa, que luego traicionó a la Revolución, donde hacía un análisis del acto celebrado en el cementerio con motivo del primer aniversario de la muerte de Chibás. Abel criticaba la posición de los falsos líderes del Partido Ortodoxo, y en particular la del comentarista, uno de los más escuchados por los radioyentes de la época. Abel planteaba en su carta, publicada en la prensa:

Haciendo un recuento de la jornada de ayer domingo en la tumba de nuestro maravilloso Eduardo Chibás, quiero manifestarle, primeramente, fiel a la consigna de nuestro Partido, que no se hicieron allí los pronunciamientos necesarios de acuerdo con el estado de cosas reinantes, y después, como partidario decidido de acabar con este régimen de fuerza, que de allí no salió lo que el pueblo de Cuba quiere.

Se esperaban muchas cosas, hasta los papelitos necesarios en estos casos, que dicen mucho, pero en el fondo no dicen nada; pero sobre todas las cosas, se esperaba la combatividad ortodoxa, irreductible en todos los momentos, persiguiendo como meta única acabar de una vez y para siempre con el ladronismo, el bandidaje y otros desmanes que han representado la mayoría de todos los gobernantes que hemos padecido los cubanos.

Sí, es necesario evitar crímenes, asesinatos, que corra la sangre, en fin, todas esas cosas que nos recomiendan nuestros abuelos. Pero hasta este momento no he visto a nadie arrepentido por la sangre que corrió en el 68 y después en el 95. Al contrario, la veneramos. Tampoco he visto a nadie llorando la muerte de Antonio Guiteras. Al contrario la cantamos.

¿Nuestro movimiento no persigue la causa más justa de Cuba republicana? Entonces, ¿por qué tanto cuidado? ¿Lo

tuvo Batista cuando su cerebro letrino engendró el golpe de Estado? Los pasivos siempre dan en segundo término.

Hay, sí, que romper el pacto infame de hablar a media voz, pero hay que romperlo radicalmente, no con desmayos ni medias tintas; hay que cumplirlo, pero cumplirlo íntegramente. No hay que pedir permiso para hacerlo.

Su voz fue necesaria ayer sobre la tumba del mártir. ¿Por qué no se dejó escuchar atronadora, ensordecedora, limpia y clara, de abajo para arriba, con esas verdades que todos queremos oír, y que en este momento más que nunca esperábamos?

Los combatientes que estábamos allí enseñados por Chibás, no queríamos escuchar discursos doctrinales de decimoquinta categoría, como el que pronunció nuestro candidato, el doctor Agramonte, que dicho sea de paso, encarna vivamente en momentos de libertad, de calma, de reflexión, todos nuestros ideales, pero que en este momento no debe asumir personalmente el liderazgo de las masas de este pueblo en descomposición que reclama acción rápida. Debe guardársele para el momento oportuno; no debe presentarse pálido y nervioso y vacilante ante los seguidores de Chibás.

La inactividad consume, y no debemos dejarnos consumir de ninguna forma. Todos los líderes del Partido conferencian incansablemente sobre cosas sin transcendencia.

¿Para qué, en este momento, dogmas ni doctrinas, si lo que necesitamos se llama acción, acción? Hay que tener conciencia exacta del momento histórico en que vivimos. Chibás la hubiera tenido, sin duda.

No se desea que todos sean Chibás, todo lo contrario; pero sí que cada uno escoja la trinchera donde mejor pueda servir. Todos los puestos son buenos; que cada uno represente un pedacito de Chibás, que se le abra paso a los de acción rápida Los otros que lo sigan; estos que canalicen su opinión a favor de los otros.

Con estas palabras no quiero calificar a los otros como cobardes o malos, eso no. El doctor Agramonte, frente al pro-

grama «Ante la Prensa», es una muralla china, pero frente a una multitud que pide justicia de cualquier forma, resulta demasiado frágil.

No hay que obstinarse en algo que no sea grande. El instante es formidable. Nuestros líderes tienen el apoyo popular y, aunque parezca extraño, tienen el respeto de las bayonetas. Ayer quedó demostrado en el cementerio.

Hay que hablar hoy, hay que conducir hoy. El bozal que nos preparan va a resultar demasiado fuerte.

Basta ya de pronunciamientos estériles, sin objetivo determinado. Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya: todo está de nuestra parte, ¿por qué vamos a desperdiciarlo?

Usted, Pardo Llada, no permanezca callado; el pueblo no lo concibe a usted en esa forma. Si le cierran Radio Cadena Habana, haga lo que dijo cuando dejó Unión Radio; hable con un cartucho en el Parque Central, en la esquina, en la calle, en los portales, dondequiera que lo oigan.

Basta ya de conferencias: hay que indicar el camino, por muy oscuro que luzca. Adelante. Su casa es la cárcel o la calle, y hubieran sido también de Chibás. No quiero que los maten a todos, todo lo contrario. Pero si esto de aquí afuera es tranquilidad, no olvide que Rousseau dijo: «También en los calabozos hay tranquilidad, honra más la de adentro que la de afuera.»

Esto mío no es derrotismo; yo también quiero cantar «al combate». Hay que ayudar a los estudiantes; son formidables, como siempre, pero hay que indicar la forma. Usted y los demás tienen la palabra.

ABEL SANTAMARÍA CUADRADO

Tal como constaba en la ficha del SIM, Abel Santamaría nació el 20 de octubre de 1927 en el central azucarero Constancia, en Encrucijada, antigua provincia de Las Villas, en la región central de Cuba.

Mil novecientos veintisiete correspondía a una época de definiciones políticas, de lucha ideológica y acción revolucionaria en Cuba. Nació en los días en que Rubén Martínez Villena[5] renunciara a sus versos para hacerse definitivamente gran soldado de la causa del proletariado, y Julio Antonio Mella, que había fundado dos años antes el primer Partido marxista-leninista de Cuba, escribía desde su obligado exilio en México, artículos candentes, de combate frontal a la tiranía de Gerardo Machado, en el periodico *El Machete*.

El niño que acababa de nacer, hijo de un matrimonio de origen español, establecido en el central, Benigno Santamaría y Joaquina Cuadrado —él, jefe de carpintería del central, ella, ama de casa— vendría a encabezar unos años después la vanguardia del relevo revolucionario, cuyas figuras cimeras en la década del 20-30, fueron Mella, y Villena, y más tarde Guiteras.

Abel era «el alma del Movimiento», que reanudó la lucha armada revolucionaria en la isla. De «alma del Movimiento» lo calificó Fidel en la Granjita de Siboney momentos antes de partir hacia el Moncada, cuando Abel Santamaría reclamaba para sí el lugar que se suponía de mayor peligro en el asalto a la fortaleza el 26 de julio de 1953.[6]

5 Rubén Martínez Villena, dirigente del Partido Comunista en la década de los años 30, gran luchador antimperialista. De él son los siguientes versos leídos por Fidel en su discurso conmemorativo del XX Aniversario del asalto al Moncada: «Hace falta una carga para matar bribones/ para acabar la obra de las revoluciones,/ para vengar los muertos, que padecen ultraje/ para limpiar la costra tenaz del coloniaje;/ para no hacer inútil, en humillante suerte,/ el esfuerzo y el hambre, y la herida y la muerte;/ para que la República se mantenga de sí/ para cumplir el sueño de mármol de Martí/ para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos/ la patria que los padres nos ganaron de pie». Al terminar Fidel de leer esos versos de Rubén Martínez Villena, dijo: «Desde aquí te decimos, Rubén: ¡El 26 de julio fue la carga que tú pedías!»

6 Marta Rojas: *La generación del Centenario en el juicio del Moncada*. Ed. Ciencias Sociales. ICL. La Habana, 1973.

Como sus antecesores en la lucha durante la etapa republicana, estudió, interpretó y amó profundamente a José Martí. Su profesor en la escuela primaria lo recuerda como ganador de un premio escolar por la mejor composición escrita sobre el Maestro.

Unido a Fidel en el Movimiento de la Generación del Centenario, que hizo renacer en el combate las glorias y sacrificios de los padres de la patria, siguió ahondando en las ideas del fundador del Partido Revolucionario Cubano de la independencia, que lo entroncarían al pensamiento marxista-leninista.

> En mi casa —relata Haydée Santamaría—, se discutía mucho. Abel y Fidel exponían el ideario martiano, el Manifiesto de Montecristi, los estatutos del Partido de Martí. Abel exigía a cada compañero ser profundamente martiano; muchas veces le oí decir que estudiando a Martí profundamente ninguna persona tendría dificultad para encontrar el verdadero camino.

Haydée se refería a los momentos en que la vanguardia del Movimiento se preparaba para el asalto al Moncada. Eran las reuniones en el apartamento de 25 y O. Entonces Abel trabajaba en una agencia de venta de automóviles en La Habana. Dos años antes había venido a residir en la capital, invitado por su primo Adolfo Vázquez Cuadrado, «Fito»,[7] quien le gestionó su primer trabajo aquí.

El segundo jefe del Movimiento de la Generación del Centenario emprendió el camino de la gloria consecuente con su idea de que «Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya...»

7. Adolfo Vázquez Cuadrado, «Fito», actualmente viceministro de Cultura.

Cuando el grupo de Abel llegó a la puerta principal del Hospital, allí sólo había un portero de guardia —Miguel Núñez Cinta— al que detuvieron sin que ofreciera resistencia.

«El pueblo va a ocupar el Hospital, no le haremos daño a usted, sólo vamos a desarmarlo» —le dijo Abel.

En el curso del combate harían otros prisioneros

Dentro del Hospital se encontraban, además, dos custodios armados; uno vigilaba la Sala de Penados, destinada a los presos por delitos comunes, enfermos y hospitalizados; y el otro, en uno de los cuartos de pensionistas alquilado por el ex-magistrado Rafael Portuondo Domenech, condenado por homicidio. Tampoco esos custodios se enfrentaron a los jóvenes combatientes cuando éstos irrumpieron en el Hospital Civil.

Un relato sobre la ocupación del Saturnino Lora, publicado en los periódicos de aquellos días decía:

Los asaltantes penetraron enseguida sin otra oposición hasta ocupar las ventanas de la lavandería, desde las cuales controlaban la Carretera Central y toda la parte trasera del Moncada.

El custodio que vigilaba a los presos comunes, acobardado, tan pronto comenzó el combate se despojó del uniforme y se vistió con ropa de enfermo, guardó su arma de reglamento en un armario y, acercándose a una ventana, observó a ratos lo que pasaba a su alrededor. A su vez, el vigilante que custodiaba al magistrado corrió a esconderse en el baño de la habitación alquilada por ese preso.

Las alumnas enfermeras de guardia que atendían estas salas habían visto esos movimientos, y las que descansaban durante la madrugada resultaron testigos exepcionales de cuanto ocurrió a partir de la entrada de Abel y sus compañeros.

Ena, una de las alumnas de la Escuela de Enfermeras, fue la que dio la voz de alarma a las demás en el dormitorio. Otra estudiante, María Caridad, tenía un recuerdo muy vivo de aquel amanecer —domingo 26 de julio— porque Ena era

su compañera más cercana. María Caridad contó que su amiga se levantaba primero que las otras para ir al baño, porque se tomaba mucho tiempo en arreglarse. Se llegaba al cuarto de baño por un corredor interior de la Escuela, paralelo al primer patio lateral del Hospital, a la izquierda, si se toma como punto de referencia la entrada central del edificio. Como las paredes del corredor eran bajas y delgadas, dejaban pasar cualquier ruido que se produjera en el exterior.

Ena sacudió por los hombros a su compañera de estudio, agitándola en la cama mientras le decía: «¡Oye, hermana, han matado a Batista, han matado a Batista, levántate!» «Pero, ¿qué pasó, niña?» —le preguntó su amiga—. «Ahí afuera oí decir que han matado a Batista, ahorita se va a formar el lío, levántate, unifórmate, oye los tiros...»

Ya en ese instante todas las alumnas estaban despiertas y escuchaban pisadas de personas que corrían dentro del hospital, disparos y voces. Amalia, la enfermera jefa durante la noche, llegaba a la Escuela para notificarle a Elisa, la directora, que jóvenes armados acababan de entrar en el Hospital.

Las muchachas salieron al pasillo, algunas con sus ropas de dormir, y vieron «soldados» vestidos de kaki amarillo correr hacia el fondo del edificio, y luego a un médico, cuyo físico no reconocieron, que también corría por el pasillo de Pensionistas. A ellas les pareció que él buscaba una salida, o hacía un reconocimiento del lugar, percatándose, además de que el médico, identificado por la bata, no era de aquel hospital.

Ada Mirtha, otra alumna de enfermería relató que todas estaban nerviosas y que ella incluso sentía miedo, pero se repetía a sí misma que una enfermera, en circunstancias semejantes, tenía, ante todo, que cumplir con su deber de atender a los heridos y allí los habría porque ya estaban combatiendo. Con esa convicción se apresuraron en vestirse con el uniforme de trabajo, de mezclilla azul con delantal y cofia blancas, y cuando estuvieron listas abandonaron la Escuela una tras otra, a toda carrera, tratando de protegerse con la pared de los cuar-

tos de Pensionistas, hasta llegar al Cuerpo de Guardia junto al vestíbulo.

A esa hora llegó una ambulancia. Josefina, la alumna de las salas Segunda y Cuarta, observó cómo el carro se detuvo en la puerta del Hospital e hizo sonar su sirena; vio que bajaban a un indiivduo. Un instante antes acababa de fijarse en los jóvenes vestidos de soldados que entraron en el Saturnino Lora y escuchó cuando dijeron: «¡Viva la Revolución...!» y se encaminaron hacia las áreas de servicio. En ese momento ella se encontraba en el vestíbulo hablando con el portero, como habitualmente hacían las enfermeras de guardia en su ronda nocturna, sobre todo en los momentos en que llegaba alguna ambulancia.

«Me asusté, pero comprendí la situación, y como yo estaba trabajando esa noche volví a atender mis salas, permanecí junto a mis enfermos hasta que se produjo el desenlace.»

Cuando Josefina se retiraba del vestíbulo para ir a sus salas llegó al Hospital el viejo Anglada, uno de los empleados. Anglada entró en los momentos en que los jóvenes, con ropas de soldados, se parapetaban en el vestíbulo. Él debía comenzar a trabajar a las seis de la mañana, pero siempre llegaba mucho antes al Saturnino Lora, ya que su función era la de encender las calderas. Eso él se lo explicó a los que parecían soldados, que guardaban la puerta: «Bien, pase», le dijeron, pero no le permitieron ir a las áreas de servicios donde ya se combatía. «Uno de aquellos jóvenes me preguntó si yo estaba con el pueblo. Le dije que sí. Y me preguntó también si yo sabía manejar armas. Le contesté que no.» Anglada se sintió mal, muy nervioso, y les pidió permiso para refugiarse en la Sala Primera, cerca de la entrada del Hospital, a lo que accedieron los combatientes.

Por su parte, la alumna Cristina pretendía llegar a su sala, ubicada en la zona lateral derecha del Saturnino Lora, pero la situación que encontró en el vestíbulo, que tendría que cruzar para llegar a la sala, la hizo retroceder unos pasos y permanecer en el Cuerpo de Guardia hasta que cesó el tiroteo.

Desde allí observó cuando en pleno combate le dieron el alto a un joven en la puerta del Hospital. Ese incidente también lo presenció su compañera Silvia. El joven vestía pantalón y guayabera blancos; ella escuchó cuando dos mujeres que se encontraban junto a los combatientes mencionaron un nombre: «Gómez García» y el que respondió a ese nombre se acercó a la puerta para hacer prisionero al recién llegado.

En el vestíbulo había una pequeña mesa que normalmente utilizaba el portero. En ese momento detrás de ella permanecía de pie, una de las muchachas que las enfermeras identificaban como la rubia, y luego supieron que se llamaba Haydée Santamaría; y a su lado la otra a la que llamarían la trigueña o la más bajita, hasta saber que era Melba Hernández.

La rubia arengaba a sus compañeros advirtiéndoles a la vez: «¡Cuidado, ahorren balas; disparen, protéjanse detrás de la columna...!» Esas palabras también las escuchó la alumna Silvia sin llegar a comprender, ni ella ni las demás, qué ocurría realmente, ni quiénes eran aquellos jóvenes. Las cosas ocurrieron vertiginosamente pero no tardaron en percatarse de todo y actuar consecuentemente.

El joven vestido de blanco al que se le dio el alto pudo al fin identificarse: «Yo estoy con ustedes, déjenme pasar...», fueron las palabras que Silvia alcanzó a oírle, y vio cómo rápidamente el detenido se sumaba al grupo. Sin embargo, a simple vista parecía enfermo y el médico a quien la alumna Maruja había visto entrar con las dos mujeres, lo llevó al Cuerpo de Guardia para que lo atendieran. El recién llegado dijo que padecía de una hemoptisis y que siempre llevaba consigo una jeringuilla y ámpulas para inyectarse cuando le sobrevenía una crisis. Después que lo atendieron en el Cuerpo de Guardia se reintegró al grupo de compañeros y las alumnas lo vieron combatir.

Todas las enfermeras al dirigirse al médico lo llamaban doctor Muñoz. Habían visto escrito su apellido en una cinta superpuesta al bolsillo de su bata. La primera que lo advirtió fue la alumna Mercedes al encontrarse con él en la Sala de

Pensionistas, cuando ella fue a interesarse por Carmen, otra compañera de la Escuela, ingresada en el cuarto número 8 de esa sección especial del Hospital.

Mercedes vio llegar al doctor Muñoz a la habitación y preguntar por el estado posoperatorio de una alumna a quien le habían amputado un brazo a consecuencia de las lesiones que sufrió en un accidente. Se interesó en el caso como médico y formuló varias preguntas sobre la evolución general de la paciente, que era una muchacha muy joven. El médico entró en la habitación en compañía del joven que tuvo la hemoptisis, al que llamaban Trigo. Éste tenía el frente de la guayabera manchado de sangre y Mercedes pensó que había sido herido al entrar, pero el doctor Muñoz le aclaró de qué se trataba y pidió permiso para que el enfermo descansara unos minutos en aquella habitación. Muñoz recriminaba a Trigo por haber abandonado, en tales condiciones, el lugar donde se alojaba.

A Julio Trigo se le había ordenado regresar a La Habana, debido a su estado físico. Estaba exento de participar en el combate aun cuando se había entrenado.

El día 25, encontrándose Trigo instalado en la casa de Celda número 8, uno de los alojamientos alquilados por Renato Guitart en Santiago de Cuba para albergar a los combatientes, sostuvo una fraternal discusión con René Bedia, cuando éste lo instó a que desistiera de participar en la acción que se preparaba, ante la posibilidad de que se le presentara una crisis. Luego, planteada esta situación a Abel Santamaría, el segundo jefe del Movimiento le ordenó que regresara a La Habana.

Trigo padecía de tuberculosis bronquial congénita, que se le reveló a los dieciséis años. Las hemoptisis que sufría eran causadas por una dilatación de los vasos sanguíneos de los bronquios. Por lo demás su apariencia era saludable. Tenía una complexión fuerte.

No obstante la orden de Abel, Julio Trigo permaneció en Santiago. Su hermano Pedro recuerda que lo dejaron en la Plaza de Marte donde debía tomar un ómnibus hacia La Habana, pero él no lo hizo; aguardó por los alrededores y cuando escuchó los primeros disparos comprendió que la lucha había comenzado, dirigiéndose sin vacilación hacia el Moncada. Debió ser en ese instante cuando le sobrevino la hemoptisis y al no poder llegar al Cuartel se dirigió al Hospital.

Como el Movimiento Revolucionario de la Generación del Centenario estaba organizado por células y las tareas estaban compartimentadas, no todos sus integrantes se conocían entre sí, por eso Trigo no fue identificado inmediatamente por sus compañeros en el Hospital Civil al llegar en uno de los momentos de mayor violencia del combate.

La guarnición del Moncada disparaba con fuego concentrado hacia el fondo del Hospital y trataba de debilitar la resistencia de los revolucionarios en la entrada principal del edificio.

En el Cuerpo de Guardia, Ada Mirtha, otra de las alumnas, vio que algunos hombres vestidos de soldados disparaban con escopetas hacia afuera, en respuesta a las descargas que hacían otros, uniformados igual, desde la calle, con ametralladoras o rifles. Los que ocupaban el vestíbulo le gritaron: «¡No venga para acá, señorita; váyase, no esté aquí...!»

El testimonio de todas las alumnas coincidía: «Al principio pensábamos que era un grupo de soldados que peleaban entre sí; eso creíamos porque vestían igual.» La versión de Cristina: «Vi en la entrada del vestíbulo a un policía muerto, el uniforme de la policía era de color azul, creo que él llegó sobre las seis de la mañana, a la hora en que se cambiaba la posta destinada a penados.» Las alumnas supieron que el policía muerto en el combate era un sargento nombrado Luis Oliva.

Hilda, otra de las alumnas-enfermeras, vio a ese policía abrir fuego con su ametralladora. Era el tercer día en que ella realizaba sus prácticas en el Salón de Operaciones, y al salir de la Escuela corrió por el pasillo de Pensionistas hasta

el vestíbulo, igual que hicieron las otras, y de allí se dirigió al quirófano, para lo cual cruzó el patio central flanqueado por arbustos. En el camino observó cuando uno de los combatientes tomó el arma de Oliva cuyo cuerpo yacía en el piso, y combatió con ella hasta consumir las balas.

Melba Hernández, recuerda que el sargento, empuñando la ametralladora, avanzó cuatro o cinco pasos en el vestíbulo del Hospital y al caer mortalmente herido rodó su arma y fue Julio Trigo, ansioso por combatir, quien inmediatamente la tomó. Él había estado disparando con la escopeta de Julio Reyes Cairo a partir del momento en que este combatiente fue alcanzado por el impacto de una de las balas disparadas por el ejército. La bala había roto un cristal del Cuerpo de Guardia y los fragmentos alcanzaron a Reyes Cairo en el rostro; su herida no era grave, pero le produjo abundante sangramiento, por eso Trigo pudo sustituirlo en su posición de combate.

Los jóvenes que ocuparon el Saturnino Lora llegaron al Hospital en tres etapas: en el primer auto llegó Abel con algunos compañeros y detrás los demás hombres escogidos para ocupar esa posición; en el último carro arribaron el doctor Mario Muñoz con Haydée, Melba y dos jóvenes más que viajaban en el mismo automóvil. Este vehículo se había extraviado de la ruta que conducía al Hospital al seguir a un automóvil de la caravana que continuó su marcha por la Carretera Central, dejando atrás la ciudad. A cada minuto que el carro donde viajaban Muñoz, Haydée y Melba se alejaba más del objetivo, era mayor la angustia de sus ocupantes. Ya habían escuchado los primeros disparos, señal de que algo había fallado, y Haydée, al pasar cerca del Cuartel, incluso vio a Boris Luis Santa Coloma, que era su novio, combatiendo. «¡Al Hospital, al Hospital!», instaba Haydée. Al fin el carro retrocedió en U por la Carretera Central y encontró la calle que les llevó al Saturnino Lora.

Cuando Haydée y Melba identificaron el edificio del Hospital, abandonaron el automóvil junto a una zanja que había

en una esquina del Saturnino Lora, corrieron hacia la puerta y entraron en medio del tiroteo, para unirse a Abel que ya había ocupado aquella posición, y combatía en la parte posterior del Hospital.

Antes de dirigirse a la línea de fuego principal, entraron en el Cuerpo de Guardia y forzaron la puerta de cristal de la vitrina donde se guardaban los instrumentos y materiales para las atenciones de urgencia, por si era necesario utilizarlos. Hicieron contacto con el personal médico y de enfermería y pidieron algunos productos para contrarrestar el agotamiento, pensando que sus compañeros podrían necesitarlos si se prolongaba la lucha. También buscaron un sedante para ofrecérselo a una señora que se había desmayado, asustada por el tiroteo cada vez más intenso, y a la que no dejaban salir del edificio entre aquel fuego cruzado.

Después se dirigieron al fondo del edificio para encontrarse con Abel y recibir sus órdenes. «Abel estaba contento de ver cómo se desarrollaban las cosas, hasta ese momento», ha dicho Haydée al narrar el primer encuentro con su hermano en el Hospital.

Abel dispuso que las dos mujeres y el médico permanecieran en la entrada, junto a los demás jóvenes que combatían allí, y ordenó que no dejaran entrar a nadie al Hospital, ya que por su posición con respecto al Moncada tenía que permanecer en poder de los revolucionarios mientras se combatiera en el Cuartel donde los jóvenes al mando de Fidel se habían hecho fuertes en los primeros momentos.

Abel también les recomendó ahorrar balas. Estas no debían desperdiciarse pues no se sabía cuánto habría de durar aquella lucha desigual.

Después del reencuentro con su hermano Abel, Haydée y Melba regresaron al área de entrada que componían el vestíbulo, el Cuerpo de Guardia, el pasillo de Pensionistas y el cuarto número 8, al lado de la Escuela de Enfermeras.

En el trayecto observaron calma. Muchos testigos del Hospital confirmarían que no obstante lo anormal de aquella si-

tuación, en todas las salas hubo calma y disciplina. A ello contribuyeron extraordinariamente las alumnas-enfermeras de tercer año que atendían las distintas secciones.

Al igual que las estudiantes que descansaban esa madrugada, el resto del personal en las distintas dependencias de aquel centro, y los enfermos ingresados en sus salas, vieron diferentes aspectos de los hechos, y algunos inclusive participaron en ellos.

Antonia, una de las alumnas de guardia aquella noche, que atendía cuatro salas del Saturnino Lora —la Sexta, Cardiología, Infecciosos y Penados— contó: «Primero sentí una detonación, luego otra y seguido ráfagas de ametralladoras...»

En ese momento Antonia se encontraba en la Sala Sexta, pero corrió hacia la ventana de la Sala de Infecciosos, situada al extremo, en la parte lateral derecha del Hospital, desde donde miró hacia la calle Trinidad y Carretera Central, la esquina del Moncada.

> Asomándome a esa ventana pude ver soldados que corrían y observé que algunos disparos provenientes del Cuartel hicieron impacto en un ómnibus. La conductora fue herida. Conocí después que se nombraba Alicia Castillo Ramírez y el proyectil le había penetrado en el brazo derecho cuando el ómnibus avanzaba por la calle Trinidad y Carretera Central hacia el Saturnino Lora, cerca de la intersección de la primera calle y el Cuartel Moncada.

Después que Antonia se percató de lo que sucedía, durante una rápida incursión que hizo al vestíbulo, regresó a las salas bajo su atención y tomó medidas para que sus enfermos quedaran protegidos Los acostó debajo de las camas y no permitió que ninguno saliera a los pasillos. El doctor Chamat Fatué, médico de guardia, le había dado instrucciones de que no abandonara la Sala Sexta para ir a visitar las otras tres salas bajo su cuidado, pero ella desobedeció esas instrucciones y en el curso del combate se desplazó riesgosamente de un lado a otro para atender por igual a los enfermos recluidos en Infecciosos, Cardiología y Penados, e incluso visitó a su compañera Camelia, en la Sala de Niños.

Los hechos que ocurrieron en la primera línea de fuego del Hospital, sector en el que combatía Abel, también tuvieron un testigo. Este fue Bienvenido, un auxiliar de limpieza que trabajaba en la Sala de Oncología, patrocinada por la Liga contra el Cáncer. Esa sección estaba situada muy cerca de la Sala de Veteranos, frente a la cocina del Saturnino Lora, en el fondo del edificio.

Bienvenido trabajaba y vivía en el propio Hospital, porque su sueldo no le permitía trasladarse en ómnibus a su casa, muy distante del Saturnino Lora. La habitación que ocupaba, compartida con otros dos ancianos, empleados como él, estaba situada en el área frente al Moncada. Era al final de los departamentos que componían la zona de servicios, incluida la lavandería, ubicada —en relación con el Cuartel— en la línea divisoria media; sólo lo separaba del campamento militar la calle Carretera Central. Asomándose a la ventana de su cuarto, quedaban frente a la vista, en primer plano, la carretera y el campo de tiro del Cuartel Moncada.

Bienvenido se despertó con el primer disparo, pero no abandonó la cama inmediatamente. Como todos los santiagueros, él estaba acostumbrado a oír tiros y cohetes con motivo de los carnavales. Escuchó el segundo disparo y seguidamente una ráfaga, que hicieron que se incorporara de un salto para alcanzar la ventana desde donde vio que los guardias abrían

fuego y se movían en forma desorganizada por el interior del Cuartel, y que algunos hombres uniformados, como guardias, disparaban también desde la azotea del Palacio de Justicia.

> Los guardias en el Moncada corrían locamente. Pude verlos. Comprobé que frente a mí, por el campo de tiro, en los altos, habían emplazado una ametralladora que disparaba a diestra y siniestra, sobre todo hacia el Palacio de Justicia, e inclusive al Hospital. Las balas desconchaban la pared del Saturnino Lora, frente al Moncada. Luego, éstas penetraron y tuve que tirarme al suelo. La primera etapa del combate con esa intensidad se prolongó como hasta las seis de la mañana.

Cuando pasaron los primeros momentos de sorpresa el joven sirviente se levantó y caminó dentro del Hospital. Vio a un grupo de «militares», pero se extrañó de que los zapatos que calzaban tuvieran diferentes modelos y colores: eran zapatos de civiles. Avanzaban hacia la esquina, cerca de los cuartos de mantenimiento y él aprovechó la oportunidad para preguntarles qué ocurría, a lo que respondieron: «Es la Revolución»... «Tenemos que proteger esto» —refiriéndose al Hospital. Y se parapetaron en esa parte del edificio, mientras otros se situaban en el frente.

Del grupo que ocupó posiciones en el área donde vivía Bienvenido salió un joven que se dirigió a él para preguntarle sobre la situación de otras entradas al Saturnino Lora. Ese mismo joven le pidió que dibujara un croquis del Hospital que indicara los lugares donde estaban situadas las puertas de acceso y salida. Bienvenido lo hizo y les explicó las dificultades de esas salidas, por cuanto el edificio estaba enclavado frente al Moncada. Le informó, además, que había una pequeña azotea en el edificio del Salón de Operaciones, ubicado casi en el centro del Hospital, pero que para llegar a ella había que subir una escalera muy estrecha, y que la puerta de la azotea siempre permanecía cerrada con llave.

Además, ese lugar constituía un blanco desde el Moncada y quedaba prácticamente aislado de las otras instalaciones del Hospital.

Un rato después Bienvenido escuchó al mismo joven que se había dirigido a él para hacerle preguntas cuando, volviéndose a sus compañeros, comentó: «Miren el tiempo que llevamos aquí y parece que los guardias se acercan más y más, y nosotros no podemos comunicarnos con el Cuartel...»

Mucho tiempo después el empleado de la Sala de Cáncer supo quién era su interlocutor, pero desde el primer instante «...quizás por intuición no tuve duda de que el que habló conmigo y los otros, combatían al régimen de Batista, aunque vestían ropas de soldados».

Fueron unos minutos los que pasó Bienvenido hablando con aquel joven; tras esa fugaz entrevista el combatiente se reincorporó al grupo que disparaba hacia el Moncada desde la lavandería. El grueso de las ráfagas provenía del Cuartel, pero aquel volumen de fuego no atenuaba el ímpetu de los jóvenes revolucionarios que disparaban a la fortaleza con escopetas de perdigones. Era algo insólito, lo cual aumentaba su heroísmo.

En la retaguardia, que era el Hospital Civil, se mantenía la resistencia en sus dos posiciones originales: el área de servicios, desde donde Abel dominaba un amplio sector del Moncada, y el vestíbulo. Aquí, otro grupo impedía la entrada

de elementos del ejército y la policía, que ametralladora en mano pugnaban por quebrar la resistencia.

En un informe RESERVADO del Estado Mayor General del Ejército, de fecha 28 de julio de 1953, dirigido a todos los mandos, este organismo militar de la dictadura describía a su manera cómo ocurrieron los hechos del 26 de julio, pero el documento no podía negar la bravura y disciplina de los combatientes revolucionarios que dominaron totalmente la situación en el Moncada en los primeros momentos después del asalto, causándoles más bajas al enemigo que las sufridas por los asaltantes.

En lo que respecta a la gloriosa retaguardia decía el informe firmado por el general de brigada Eulogio Cantillo:

Mientras, otros grupos se atrincheraron y tomaron posiciones en las ventanas y azoteas del Hospital y de la Audencia, logrando apoderarse momentáneamente de estos edificios y situando grupos de dos y tres hombres en cada ventana [se refiere al Hospital] desde donde hacían fuego contra el Cuartel Moncada... Es de notar que, de acuerdo con los resultados del encuentro, puede afirmarse que todos los asaltantes habían sido bastante bien entrenados, lo que queda expuesto por la disciplina demostrada y por el hecho de haberse sabido hacer fuertes en distintas posiciones.

«"Un médico, un médico!", recuerdo que esa madrugada la guardia de urgencia la hacía el doctor Mauricio León Orúe. "¡Un médico, un médico!", pedía una de las muchachas, la rubia que había salido bajo las balas a recoger a un herido.» Relató la alumna Ada Mirtha.

> La rubia trató de mover al herido tendido en el suelo fuera del Hospital, en la calle. Era un militar que después identificaron como el teniente Fereaud Mejías.
>
> El doctor León Orúe, que era a quien la rubia llamaba, le contestó que él no iba a salir bajo esa lluvia de balas a auxiliar al herido, que lo trajera ella adonde él estaba, o sea, al interior del Saturnino Lora, y otro médico, el doctor Chamat Fatué salió en disposición de ayudarla, en los momentos en que Haydée Santamaría trataba de prestarle auxilio al caso.

El día 29 de septiembre de aquel mismo año, en la quinta vista del juicio por los sucesos del Moncada (Causa 37), Haydée Santamaría rechazó los cargos infames que le imputaron. La acusaban de cometer actos inhumanos, entre ellos negarse a curar a aquel herido.

Entre los pocos testigos del Hospital que llevaron a declarar al juicio celebrado en la Audiencia estaba el doctor León Orúe quien la identificó ante el Tribunal y afirmó que efectivamente, Haydée lo llamó para que atendiera a aquel militar herido. «... ella misma fue la que me llamó y salió entre las balas para halarlo e introducirlo en el Saturnino Lora, cuando yo dije que me trajeran al herido, pero ya el teniente Fereaud, que era de quien se trataba, estaba muerto.»

En el año del XX° Aniversario del Moncada le pedí a Haydée que me contara más detalles sobre este hecho. Me dijo que Raúl Gómez García la ayudó a arrastrar al herido hasta cerca de la puerta del Hospital para que los médicos lo atendieran.

> Cuando lo movíamos, una bala le rozó la cabeza a Gómez García quemándole parte del pelo y Melba que estaba

pegada a la puerta lo auxilió; insistió con uno de los médicos para que saliera a auxiliar al militar herido. «¡Pero si no es uno de los de ustedes!», me contestó con ironía.

En eso apareció el otro médico, preguntó qué pasaba y salió a reconocer al herido, comprobando que ya estaba muerto.

No sé cuál de los dos sería el más valiente. Había que ser valiente para salir bajo las balas, pero también había que serlo para, en aquellos momentos, declarar la verdad que deshacía esa acusación contra nosotras en aquel tribunal. Habría que ver qué actitud asumieron ellos posteriormente para saber de verdad cuál servía y cuál no. Lo que cada uno sea ahora es lo que indicaría cuál de los dos valía realmente —comentó Haydée.[8]

Las alumnas de enfermería se desplazaban constantemente del Cuerpo de Guardia al cuarto número 8. Fue a esta habitación adonde llevaron a los revolucionarios heridos. La propia Ada Mirtha nos describió el momento en que llegaron allí las primeras dos bajas hechas a los combatientes: «Yo me paré en el pasillo y vi cuando Melba y Haydée traían a un joven; al otro lo conducían en un carrito del Cuerpo de Guardia.»

Serían aproximadamente las siete de la mañana, una mañana clarísima. El sol comenzaba a bañar aquel amplio corredor de la Sala de Pensionistas. Acomodaron a los heridos en el cuarto; la alumna del brazo amputado cedió su cama *fowler* y se sentó en una silla, dentro del baño de la habitación. En el cubículo había dos camas de enfermos y una camita auxiliar para acompañantes; la otra cama *fowler* la ocupaba una enfermera del pueblo de Marcané, nombrada Isabel Vicente, que se recobraba de una operación. Como

[8] El doctor Chamat Fatué, ejerce la medicina en Santiago de Cuba. El otro médico abandonó el país al triunfo de la Revolución.

habían transcurrido varios días desde la intervención, los médicos acordaron sentarla en un sillón dentro del propio cuarto.

Las camas del cuarto número 8 quedaron ocupadas por tres jóvenes revolucionarios, uno herido en el vientre, otro en una pierna y el tercero herido a sedal en la cabeza. El que estaba herido en el vientre era la única baja realmente efectiva.

Por las descripciones de las enfermeras y la versión de Melba verificamos que los tres heridos eran Gerardo Antonio Álvarez Álvarez, Tomás Álvarez Breto y Horacio Matheu, ya que Julio Reyes Cairo y Raúl Gómez García se recuperaron rápidamente, reincorporándose al combate.

Cuando las alumnas comenzaron a desvestir a uno de los heridos para curarlo, vieron que debajo del uniforme de kaki amarillo éste llevaba ropa de civil y que ni el cinturón ni los zapatos que calzaba eran los de reglamento militar. Ese descubrimiento confirmaba lo que habían sospechado desde el principio: que los combatientes no eran guardias del ejército de la tiranía.

«Ya no tuvimos ninguna duda, comprendimos que no eran soldados», dijeron Mercedes y Ada Mirtha, dos de las alumnas que habían permanecido en el cuarto número 8. Afirmaron que ninguno de aquellos jóvenes tenían heridas mortales por necesidad, «aunque el de la herida en el epigastrio requería cuidado». Hilda afirmó que uno de los médicos de guardia, que al igual que ellas se encontraba en aquella habitación, ordenó que se preparara el salón de cirugía para operarlo. «Pero aquella misma mañana, antes de que pudiéramos trasladarlo para el salón, se lo llevaron prisionero.» Era el combatiente Horacio Matheu; su hermano Wilfredo, herido leve, también fue detenido en el hospital.

Los tres jóvenes aparecieron entre los *asaltantes muertos en combate* en el Cuartel Moncada...

Micaela nos describió aquel dramático episodio:

> Yo me encontraba allí con las otras alumnas; tratábamos de explicarles a aquella gente la situación de los

heridos, pero los soldados estaban decididos a llevárselos de cualquier manera. También vi a Muñoz, con su bata de médico. Con sumo cuidado sacamos en la camilla al de la herida en el epigastrio y al del tiro en la rótula. El otro iba caminando normalmente.

Llegamos con las camillas hasta la puerta del Hospital y los soldados los bajaron violentamente, dijeron que si habían venido a pie tenían que irse a pie. Los tiraron dentro de un yipi descubierto y se los llevaron —prosiguió Ena el relato.

Al muchacho que nosotros curamos de una herida en la frente también lo sacaron vivo y caminando por sus propios pies. Cuando iban con él, cerca de la habitación número 5 de ese pasillo, le arrancaron el apósito de la frente, le dieron el primer culatazo en la misma herida. Al llegar a la puerta ya estaba desbaratado a golpes —relata María Caridad.

Los hechos se sucedían rápidamente, médicos, enfermeras y empleados de la guardia de madrugada permanecían en sus puestos atendiendo a los pacientes dentro de las salas. No se había efectuado el cambio de personal.

Los disparos de ametralladoras de grueso calibre que provenían del Moncada rompieron unas tuberías de las calderas. Eso se lo dijeron las enfermeras al viejo Anglada que permanecía en la Sala Primera, cerca del vestíbulo. Desde allí él pudo ver cuando entraron los soldados desaforados y luego observó que agrupaban a los detenidos, dándoles golpes con las culatas de los rifles.

La alumna Maruja que durante casi todo el combate se había mantenido con Silvia y otras de sus compañeras en el Cuerpo de Guardia, junto a los combatientes, vio venir a los soldados «en forma descompuesta, algunos descalzos y otros hasta sin camisa o con la guerrera abierta. Primero vi entrar

a un oficial de la policía e inmediatamente después a los guardias... lo que entró allí fue una horda de bárbaros».

> Una de nuestras compañeras gritó: «¡Asesinos!», cuando un miembro del ejército, de los que entró en el Hospital, agredió al doctor Muñoz. Lo golpeó duramente, al lado del teléfono. Ese individuo le dio un fuerte golpe al médico con la culata del fusil cuando cayó al suelo desplomado por un puñetazo de otro soldado momentos antes. No se me olvidará nunca el rostro de ese hombre brutal. Era de mediana estatura, de pelo rubio o castaño claro —es la versión de Antonia.

Como ella era una de las alumnas-enfermeras de guardia aquella madrugada, al igual que Camelia, que atendía la Sala de Niños, fue llamada a declarar en el primer juicio celebrado en la Audiencia.

Ni aún bajo la coacción y amenazas del supervisor militar, Porro, los testigos del Hospital se prestaron a acusar de asesinato a los combatientes revolucionarios como exigía el sádico capitán médico. La alumna Camelia declaró que Haydée y Melba no venían armadas y que la ayudaron a ella a calmar a los niños y a alimentarlos cuando lloraban asustados, en la Sala de Pediatría. Porro le había ordenado bajo presión que declarara en el juicio que las mujeres habían tenido una actitud inhumana con los heridos y enfermos.

Una vez que comenzó el juicio de Fidel en la salita de estudio de las enfermeras, el 16 de octubre de aquel mismo año, las alumnas se relevaban en el cuarto de la Directora para oír algunas palabras del magistral alegato. Allí escucharon cosas que les tocaban muy de cerca. Decía Fidel en aquel mismo escenario histórico del Hospital:

Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio a muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo, todas las en-

fermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

La gente del Hospital vio «demasiado» aquella mañana durante casi cuatro horas consecutivas. Por tanto, esos testigos eran harto comprometedores para presentarlos al juicio, aunque se tratara de una audiencia atropellada, con un tribunal maniatado, en una salita escondida en la que cabía un mínimo de personas, pero donde el abogado de la defensa e interrogador era también el líder de la acción revolucionaria, a quien su autodefensa le permitía ejercer el derecho de acusador, del que hizo uso desde el primer momento, a partir del juicio iniciado el 21 de septiembre en el Palacio de Justicia, y del cual fue separado en la tercera sesión.

¡Tanto crimen se cometió con los detenidos en aquel Hospital! ¡Tanto heroísmo se escribió en unas cortas horas de resistencia! Pero, además, la solidaridad del pueblo hacia la acción del Moncada, hecho que el régimen se empeñó en negar, tuvo en el Hospital su primera y más alta expresión. Igualmente ejemplar fue la conducta de los combatientes para con los prisioneros en el Saturnino Lora, idéntica a la del grupo que, encabezado por Raúl, tomó la Audiencia aquella misma mañana e igual a la de los jóvenes que penetraron en una de las barracas del Moncada.

Roberto Sánchez López fue uno de los prisioneros del Hospital. Era músico de la banda de la policía. Llegó armado cuando el edificio ya había sido ocupado por los revolucionarios. En esos momentos se iniciaba el combate.

Cuando el ómnibus urbano en el que viajaba para dirigirse al Moncada pasó por la esquina del Saturnino Lora, comenzaba el tiroteo: por esa razón no llegó al Cuartel y decidió refugiarse en el Hospital, ya que iba vestido de civil:

> Cuando llegué a la puerta unos jóvenes vestidos como soldados me dijeron que me identificara, lo que yo, un poco nervioso, hice. Dije que era músico de la Banda de La Habana, que había venido a Oriente para ofrecer varios conciertos. Esa mañana debíamos partir hacia Holguín.
>
> Los jóvenes que ocupaban el Hospital me registraron y hallaron el arma que portaba porque yo pertenecía al cuerpo de la Policía Nacional.
>
> Me desarmaron, como es natural, invitándome a que pasara al cuarto de curaciones o Cuerpo de Guardia que estaba a la izquierda del vestíbulo. Allí había dos personas más, eran dos viejos, un hombre y una mujer que llevaron a un niño enfermo. Más tarde en ese mismo lugar vi a un individuo que resultó ser del Servicio Secreto (SIM) o de la Policía Secreta. También vi a las enfermeras que llegaban y a dos médicos.
>
> Yo no sabía de qué se trataba. Imaginé al principio que era un problema interno en el ejército, me di cuenta de la verdad al final cuando algunos se quitaron el uniforme.

Él me formulaba preguntas sobre lo que sucedía pero yo no le daba opinión de ninguna clase.
milla y al lado mío estaba ese señor del Servicio Secreto. Permanecí un tiempo sentado en el borde de una ca-

Vi cómo un policía se acercaba a la puerta y era mortalmente herido. En ese momento también hirieron a dos revolucionarios y se los llevaron para una habitación al fondo del pasillo.

Pasaron las horas. Los jóvenes que habían ocupado el Hospital no me molestaron. Hubo un momento en que casi todas las personas que estábamos detenidas nos retiramos hacia atrás por el pasillo largo y permanecimos en un cuarto donde había un hombre enyesado hasta la cintura por problemas de fractura en los huesos.

Poco antes de terminarse aquel tiroteo el individuo que se sentó al lado mío dijo que pertenecía al Servicio Secreto, y que sabía quién había intervenido y quién no. Ya los revolucionarios se habían disgregado.

Al poco rato entró la policía en el Hospital y detrás el ejército. Vi cómo se llevaron al doctor Mario Muñoz y a todos los detenidos.

Cuando se terminó todo fui al Cuartel y estuve allí con los demás músicos hasta el día siguiente que regresamos a La Habana. Un músico de la banda falleció y otro resultó herido.

Silvia, Mercedes y Antonia recordaban al individuo que mencionó el músico militar:

...Sí, ahí había otro individuo, él lo vio todo, no sé cuándo entró pero estaba en el Cuerpo de Guardia, como prisionero, era un agente del SIM, de apellido Garay. A él lo fusilaron en enero de 1959 —contó Silvia.

...lo vi cuando el cambio de guardia, aproximadamente en el momento en que llegó la ambulancia. Luego al terminarse todo se desapareció con el entra y sale de la gente —recordó Mercedes.

...Garay era un militar que vivía cerca del Hospital, se dijo que incluso tenía un familiar estudiando aquí y que por eso él visitaba frecuentemente el Saturnino Lora —nos añadió Antonia.

(En 1959, como mencionara Silvia, la justicia revolucionaria le aplicó la máxima pena al agente Garay por su larga hoja de servicios represivos durante la tiranía, incluida su participación en los crímenes del Moncada. También el Tribunal Revolucionario de Santiago de Cuba condenó a la última pena, que luego le fue conmutada por años de cárcel, a Zenén Carabia, otro agente del SIM que actuaba como fotógrafo de Chaviano; los cargos contra él también eran por delación en el Hospital y actos represivos continuados. Carabia entró en el Hospital Civil con el ejército la mañana del 26 de julio.)

Otras de las personas hechas prisioneras por los revolucionarios en el Hospital fueron el portero y dos civiles que permanecieron en el Cuerpo de Guardia. Como se desprende de los testimonios, incluso a los dos militares no sólo se les perdonó la vida, sino que se les trató con las mayores consideraciones.

Escuchamos cuando la mañana del 16 de octubre Fidel dijo en la salita de las enfermeras del Hospital Civil:

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humano en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta:

Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor Fiscal: que en el juicio celebrado a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable, el altísimo espíritu de caballerosidad que mantuvimos en la lucha.

Aproximadamente hora y media después de iniciado el combate en la posta 3, Abel Santamaría y sus compañeros notaron que ya el tiroteo no era tan intenso y continuado, lo que les hacía suponer que las cosas no marchaban bien en la punta de vanguardia, donde se encontraba Fidel.

Como segundo jefe militar y político de aquel Movimiento, Abel podía evaluar perfectamente la situación que se creaba al fallar el factor sorpresa en la toma del Moncada.

El testimonio de Haydée sobre este momento crucial es elocuente:

> ...yo recuerdo que fuimos hacia atrás. Abel estaba combatiendo detrás, por unas ventanas altas que había en el Saturnino Lora, que daban frente al Cuartel. Él bajó, recuerdo que estaba encaramado en algo; Abel era muy alto y así y todo tenía que encaramarse en algo, quiero decir que las ventanas eran muy altas. Se bajó un momentico y habló allí, dijo que él consideraba que el objetivo de la toma del Cuartel no se había logrado. Que nada más se sentían tiros del Cuartel hacia afuera. Que seguro que había pasado algo, que había fallado algo que desconocíamos totalmente.
>
> Las instrucciones de Abel fueron seguir combatiendo sin tregua hasta que llegara, una orden en contrario, si llegaba; si no, seguir combatiendo.

«¡Seguir combatiendo!» —esa fue la orden clara que Abel continuó explicando a su hermana y compañera de lucha, según ella misma relata:

> ...él me explicó que tenía plena seguridad de que los compañeros tenían que lograr ir hacia donde Fidel había indicado, si fallaba la toma del Cuartel, y que nuestra misión allí era tratar de seguir combatiendo para que aquella gente del cuartel, creyera que todavía quedaban grupos combatiendo en la calle y que no se atrevieran

a salir a perseguir inmediatamente a los compañeros que tuvieran la oportunidad de ir hacia donde Fidel había indicado.

Allí hubo un momento, naturalmente, temiendo por la vida de Abel —recuerda Haydée— que alegamos que Fidel había dicho en Siboney que él (Abel) debía vivir porque él era el segundo jefe del Movimiento. Abel me alegó que el que tenía que vivir era Fidel y que esos tiros, ese combate era para que Fidel lograra retirarse. Y se siguió combatiendo.

Haydée y Melba volvieron al extremo anterior del Saturnino Lora. La lucha continuaba en las dos posiciones claves en la retaguardia que constituía el Hospital.

En el Moncada, Fidel ordenaba la retirada para proseguir la lucha en las montañas: *«Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez»*, dijo en el Saturnino Lora la mañana del juicio, al pronunciar su alegato conocido como *La Historia me absolverá.*

El combatiente Fernando Chenard debió llevar dicha orden a la Audiencia y al Hospital Civil, pero fue interceptado en el camino y asesinado en el Moncada. Por esa razón la orden de retirada no fue recibida en el Hospital.

A partir de entonces todo el poder de fuego de la fortaleza se dirigió contra las áreas de servicio del Hospital, zona donde combatía Abel, mientras la guarnición del regimiento apostaba ametralladoras y otras fuerzas en la única salida del edificio que quedó completamente bloqueado.

Los guardias que se apresuraban a cerrar el cordón en torno al Hospital, tomaron posiciones frente a su entrada principal.

La alumna Cristina insistía en cruzar el vestíbulo para llegar a la Sala de Maternidad cuando los jóvenes le advirtieron del nuevo peligro; había dos o tres de ellos apostados en el suelo desde donde tiraban hacia afuera; el grueso de los combatientes, encabezados por Abel, ocupaban las ventanas del fondo, frente al Moncada, pero ya no se sentían muchos disparos. Ella volvió a ver a Melba y a Haydée, junto al grupo de la puerta. Uno de los jóvenes insistió en que se retirara. La alumna se había colocado en una esquina, en el ángulo que formaban el vestíbulo con el Cuerpo de Guardia, donde estaban depositados varios balones de oxígeno. También allí se encontraban Maruja y otras de sus compañeras.

Los guardias tiraban desde afuera hacia adentro; tenían granadas. Si lanzaban alguna podría estallar contra los balones de oxígeno. También emplazaron enfrente una ametralladora 50. Con la ayuda de varios combatientes, de Haydée y de Melba, viraron los balones en el piso. «Un mar amarillo rodeaba el Hospital, era como si todo el regimiento hubiera salido del cuartel para ocuparlo, lo veíamos desde aquí desde la casa; nadie podía salir de allí, era una ratonera.» —Nos relató Nena Ortiz, viuda de un médico del Hospital, el doctor Fabré, que residía en una casa situada frente a la explanada del Saturnino Lora, por la calle de la entrada principal.

Fue en ese momento cuando Cristina avanzó unos pasos y vio un grupo de discos colocados sobre uno de los bancos de madera que había cerca del vestíbulo; leyó varios títulos en las etiquetas pegadas a ellos; decían: «El último aldabonazo», «Himno Invasor», y algunos valses, pero no pudo leer más por la intensidad del tiroteo de afuera hacia adentro. Siguió, tratando de llegar a la Sala de Maternidad; varias mujeres estaban próximas a dar a luz.

Vio acercarse a un joven que ella describe: «Rubio, de espaldas anchas, muy agradable y risueño...» Escuchó cuando decía a las dos mujeres y a los demás jóvenes: «Ya queda poco

parque, ¿cómo están ustedes de balas?» Recordaba que el pelo le caía sobre la frente y él se lo echaba hacia atrás con el antebrazo porque tenía las manos ocupadas con armas.

En el Cuerpo de Guardia había otras alumnas que ayudaban a abrir las últimas cajas de balas y a cargar fusiles. También atrás se habían producido escenas semejantes. Era en los momentos más duros, cuando se acercaba el desenlace irremediable y la respuesta a la ofensiva del adversario se intensificaba.

¡Muchos fusiles se los cargaron las enfermeras del Hospital Civil: Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos nunca. —diría Fidel allí mismo el 16 de octubre, al reconocer la participación y solidaridad del pueblo con los combatientes del 26 de julio, con lo que rechazaba la calumnia divulgada por el enemigo de que el pueblo no secundó el Movimiento.

Hilda, otra alumna, siguió con su mirada al joven alto y rubio; vio que él ocultaba unas armas dentro de los canteros del patio. Era Abel.

Un testimonio de Haydée Santamaría corroboró el de Hilda:

> ...recuerdo a Abel cogiendo unos rifles y poniéndolos debajo, como de una acera... Aquello me dio un aliento muy grande... Yo decía: cuando Abel está guardando estos rifles es que él cree que estos rifles van a hacer falta para algo. Esa fe, ese deseo de que fuera así. Pensé que cuando él hacía eso es porque íbamos a tener alguna forma de salvarnos. Y le pregunté: «Bueno, ¿y aquí ahora qué va a pasar? Porque te veo guardando esos rifles.» También volvió a sonreír. Yo no vi en ese Hospital Civil ni un momento en que Abel no estuviera sonriente, alegre... como si estuviéramos ganando una batalla, algo inexplicable... perdíamos una batalla y Abel estaba eufórico ¡como si estuviéramos ganando una batalla!..., ¡y acaso no la estabamos ganando!
>
> «Bueno, ¿qué orden tú das?» —le pregunté. Dijo: «Que cada cual haga lo que quiera porque aquí ya se terminó

todo, hace ya cinco minutos que nosotros no estamos combatiendo y estamos perdiendo tiempo.» «No, Abel, tú tienes que dar una orden, tú eres el jefe aquí.» Dijo: «Sí, hay que dar una orden: que hay que saber morir. Seguramente que todos los que estamos aquí no vamos a vivir. Ahora lo que sí creo es que debemos prepararnos para saber morir.»

Entonces él con esa intuición que tenía, nos coge a Melba y a mí, nos habla muy fuertemente, nos dice que allí quienes vamos a salvarnos somos Melba y yo, si sabemos hacer las cosas bien... Abel se planteó que esa era una primera lucha y que Fidel continuaría otras luchas... También recuerdo en un momento de depresión mía cuando le pregunté qué yo hacía después de eso. Y me planteó: «¡Y tú no te das cuenta que Fidel va a vivir, que Fidel sí no puede morir, que Fidel va a vivir y que Fidel se bate en retirada en estos momentos para la loma.»

Abel nos habló a Melba y a mí..., nos negábamos nosotras a sobrevivir a aquello, y así se lo expresamos.

Nos dijo que nuestro deber era vivir... vivir para poder decir lo que allí había pasado. Me agarró por los hombros dándome una orden: «Yeyé, piensa que despues de esto es más difícil vivir que morir. Y vive que a ti te toca vivir.» Después le habló a Melba.

Fue entonces cuando Haydée le dijo que las enfermeras estaban en disposición de ayudarlos, de darles ropas de enfermos o vendarlos. Primero él lo rechazó, pero inmediatamente, como para complacerla, accedió.

«Yo hago en estos momentos lo que tú quieras» —le dijo Abel a su hermana y sonrió. Haydée le preguntó por qué sonreía: «Si esto te trae tranquilidad...»

«Él no podía quitarse el uniforme, no llevaba ropa de civil debajo, como algunos compañeros. No sé por qué no lo hizo. Abel llevaba exclusivamente su traje militar.»

Su hermano aceptó aparecer como enfermo y Haydée comenzó a ponerle un apósito sobre un ojo, pero no lo hacía bien y una alumna de la sala de oftalmología, nombrada Violeta, completó el vendaje.

«Bien: yo hago lo que tú quieras, pero tú tienes que hacer lo que yo te diga también. Así que ahora mismo vayan ustedes a ver lo que hacen y prepárense para lo que viene» —dijo enérgicamente a sus compañeras de combate, para reafirmarles la necesidad de que ellas tenían que salvarse.

Melba cuenta cómo él les argumentó esta necesidad «...Cuando él nos da la orden de que tenemos que salvarnos nos dice: "Ustedes dos por su condición de mujeres pueden ser las únicas en salvarse y tienen que lograrlo porque esto no puede terminar."»

Momentos antes Abel había ido al cuarto número 8. Se paró en la puerta y dio uno o dos pasos dentro de la habitación, dirigiéndose a sus compañeros, principalmente al doctor Muñoz a quien también le advirtió: «Se están acabando las balas.»

Recuerda Mercedes que Abel hablaba con naturalidad, y que comentó algunas cosas en voz baja con el doctor Muñoz.

Cuando Abel se retiró del cuarto, desplazándose por el pasillo de Pensionistas, el doctor Muñoz se quitó el bolsillo donde estaba su nombre impreso. El doctor Chamat le aconsejó que no lo hiciera: «¿Por qué va a quitarse el distintivo? Mire, eso le puede servir de protección, no se lo quite», le dijo. Pero él se lo arrancó de todos modos.

Las alumnas insistieron en que Muñoz se identificara con algo e idearon escribir su nombre en tinta azul sobre un pedazo de esparadrapo lo cual él aceptó. Mercedes guardó el bolsillo original, pero cuando el ejército hizo el registro en la Escuela, se lo llevaron.

Todos los testigos del Hospital vieron cómo fue detenido.

Muñoz se dirigió a la alumna Josefina para que le buscara la llave de la puerta de la morgue que tenía salida a la calle por un costado del Hospital. La llave que encontró no servía pero, además, los guardias ya tenían rodeado todo el Saturnino Lora, si salía lo mataban. Él volvió hacia el pasillo de Pensionistas y allí los soldados lo apresaron. «Fue delante de nosotras, no pudimos hacer nada para evitarlo; le dieron golpes terribles, él acababa de salir de una habitación del área de Pensionistas.»

«¡Estas manos que usted ve aquí le dieron de beber su último traguito de agua al doctor Muñoz!» —aún le embargaba la emoción a Isabel Mafobrio Prato, de nacionalidad argentina, cuando nos narró, años después, su encuentro con el doctor Muñoz. Ella estaba en aquel cuarto de Pensionistas acompañando a una hija recién operada, a la que había atendido Muñoz minutos después de entrar en el Hospital.

> ¡Esta mano le dio de beber su último traguito de agua! —me dijo.
>
> En el momento que pasaba, lo sabíamos perseguido, le grité: ¡Doctor, entre, entre, pase...! Mi hija y yo lo llamamos. «¡Señora, deme un poco de agua», me dijo. Entonces tomé un vasito y se lo ofrecí lleno de agua.

JOSEFINA MIRÉ ALANO

¡Lo tengo clavado en mi retina! Le dije a Muñoz que no saliera de nuestra habitación. Me contestó: «No.»

Maruja estaba en el pasillo en el momento que lo detuvieron: «Vi cuando le pusieron la mano encima y le arrancaron la tira de esparadrapo donde decía doctor Muñoz. Fue en ese instante cuando agarré de la mano al otro muchachito que estaba con él, y traté de ocultarlo.»

Lo que ocurrió después con Muñoz se lo escuchamos relatar a Fidel la mañana del 16 de octubre, a sólo unos pasos del lugar donde detuvieron al médico que integraba con él, Abel y otros miembros de la organización, el Comité Civil de la Dirección del Movimiento de los jóvenes de la Generación del Centenario.

En la estrecha salita de estudio de las enfermeras relató Fidel:

El primer prisionero fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniformes y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al Cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre.

Meiba y Haydée fueron testigos excepcionales de este crimen, que se cometió en presencia de ellas, y así lo denunciaron en el juicio por los sucesos del Moncada.

Maruja llevó a una de las salas del Hospital al joven que iba con el doctor Muñoz, en el momento en que detuvieron al médico.

Cuando me lo llevé a la sala entró en el baño para cambiarse el uniforme por ropa de enfermo y luego se acostó en una de las camas. Escondimos los uniformes en los

> escaparates y hasta en el refrigerador, en distintas salas... Hubo jóvenes que se pusieron la ropa de enfermos sobre el pantalón de kaki.

De esa forma las alumnas junto con Haydée y Melba fueron refugiando a los demás combatientes en las distintas salas del Saturnino Lora. Muchos enfermos también los ayudaron, o mantuvieron el más absoluto silencio en relación con la presencia de los revolucionarios refugiados, para que no los descubrieran.

Después que había cesado el tiroteo, se sintió una nueva ráfaga de ametralladora:

> ...Era Trigo que todavía tenía parque para su arma y hacía una última resistencia a la orden de terminar el combate, hasta que fue convencido de la necesidad de tomar medidas para salvar la vida y accedió. En ese momento Trigo llevaba uniforme (seguramente se puso el de alguno de los heridos). Al dejar el arma volvió a vestirse con su guayabera blanca —nos explicó Melba Hernández.

En los patios, al fondo del Saturnino Lora, Bienvenido volvía a dialogar con aquel joven que lo abordó cuando comenzó el combate.

«Aquí nos van a coger presos y darnos patadas...» —escuchó decirle a otros de sus compañeros. Y agregar: «Se nos ha agotado el parque, estamos rodeados...»

Por esa zona del Hospital había depósitos de utensilios, ropas de pintores, albañiles y carpinteros de la sección de mantenimiento.

> El que antes había hablado conmigo me preguntó si los viejos que estaban por allí, los que dormían en el mismo cuarto que yo, estarían en disposición de cambiarles sus zapatos por los de ellos, pues combinaban mejor con las ropas raídas que encontraron en el área y que iban a ponerse cuando se quitaran el uniforme. Se lo dije a los viejos y estuvieron de acuerdo —relató Bienvenido.

Después que se cambiaron de ropa el joven le preguntó: «¿Tú tienes algo en qué escribir?» Bienvenido tenía una pluma y se la ofreció; tomó un pedazo de papel de una matriz de vales nulos que encontró en un latón de basura y se lo dio también. En este papel el joven escribió unas líneas; le entregó el papelito indicándole la dirección a donde debía enviarlo por correo, y le dio dinero para que comprara los sellos. Otro combatiente que estaba junto a su interlocutor le entregó un papelito ya escrito. Este le dijo que tenía una niña de 7 años y que la sortija que llevaba en el dedo meñique se la había regalado su hija.

Bienvenido se echó un papelito en el bolsillo izquierdo del pantalón y el otro en el derecho y confió las direcciones a su memoria.

El primero que habló con él le regaló su reloj y una cartera-billetera de piel negra. Me dijo: «Úselos, van a cogernos presos y seguramente nos quitarán todo esto.» También me entregó una pistola, advirtiéndome: «Guárdala.»

El auxiliar de limpieza guardó la pistola debajo de la colchoneta de su cama, pero los soldados la encontraron cuando hicieron el registro.

Después de esa breve secuencia de hechos y diálogos, Bienvenido lo acompañó hasta un lugar donde había escombros, al lado del garaje, junto a la entrada de vehículos del servicio, donde antiguamente existía una carbonera:

> Aquel joven me dijo que desconfiaba de uno de los viejos que estaba por allí, recomendándome que lo alejara para entonces refugiarse y así lo hice. Di una vuelta con los viejos con el pretexto de observar qué pasaba, porque hacía un rato que no escuchábamos disparos, aunque ya estabamos convencidos que los guardias entrarían o de que quizás en esos momentos estaban ocupando el Hospital.

El auxiliar de servicio de la Liga contra el Cáncer regresó a su sala y desde una de las ventanas vio los movimientos de la policía y de los soldados dentro del Saturnino Lora.

> Me extrañó que el viejo aquel caminara hacia la entrada del Hospital y luego regresara por el pasillo para ir a pararse frente a la carbonera. Noté que un policía lo seguía. Al poco tiempo los guardias y el policía ya frente a la puerta del garaje gritaron: «¡Salgan de ahí!», como si estuvieran seguros que allí había gente escondida. Ese viejo murió al año siguiente. No me cabe duda que su actuación delató a esos combatientes; si él no se sitúa frente a la entrada aquellos dos policías no los hubieran descubierto, porque estaban bien ocultos.
>
> Allí mismo, en la puerta del garaje, comenzaron a darle culatazos a Raúl... Supe que el que habló conmigo se llamaba Raúl porque uno de los otros jóvenes lo llamó por ese nombre y se me grabó en la mente. Era una persona muy atractiva, sencilla, con cultura, se expresaba muy bien.

Seis años después del triunfo de la Revolución, Bienvenido vio impreso en un periódico el facsimil del papelito que aquel joven escribió en la matriz de un vale del Hospital. También aparecía el sobre con la dirección escrita de su puño y letra. El papelito decía:

Caí preso, tu hijo.

Era de Raúl Gómez García.

La dirección que Bienvenido escribió fue la de su casa, el sobre estaba dirigido a César Gómez García, en Juan Bruno Zayas número 8, Habana; nombre y dirección del hermano de Raúl, maestro, poeta, periodista de la Generación del Centenario, quien por orientación de Fidel redactó el Manifiesto del Moncada* que los combatientes del 26 de julio de 1953 llevaron a Santiago; ese era el primer documento de carácter programático que iba a ser leído por el propio Gómez García por la radio, una vez que los asaltantes del Moncada ocuparan la fortaleza.

El Manifiesto del Moncada no planteaba cambios en la estructura económica del país, pero era cuanto más podía expresar el Movimiento revolucionario en aquellas circunstancias históricas, en que la ideología burguesa proimperialista dominaba la política nacional, y como enunciamos en la introducción de esta obra, el anticomunismo, el *macarthismo* marcaba la tónica de todos los medios de difusión masiva.

En fin, como expresó Fidel en el Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (1975).

El imperialismo dominaba de manera absoluta nuestra política nacional. Tal era el cuadro del país en vísperas del 26 de julio de 1953 (...) Pero no hay situación social y política,

* Ver Anexo: III. MANIFIESTO DEL MONCADA. Pág. 125.

por complicada que parezca, sin una salida posible. Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Eso ocurrió en nuestro país. Esto no constituye un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combativas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social libertadora de los tiempos modernos, que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia histórica, las enseñanzas de Martí, los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento.

El Manifiesto del Moncada no llegó a divulgarse en la nación; su texto junto con otros documentos, como las Leyes revolucionarias* que pretendía dictar la revolución triunfante, quedaron sobre un banco del Hospital junto a los discos y otros documentos relacionados con el proceso revolucionario que se abriría tras la toma del Cuartel. El ejército o la policía los recogieron y pasaron a formar parte de la Causa 37 de los Tribunales de Urgencia.

Ochenta y dos días después del asalto al Moncada, en el propio Hospital Civil, Fidel pronunciaría su histórico alegato conocido como *La Historia me absolverá* donde trazaba con más profundidad y alcance el programa de aquellos jóvenes que desbrozaron el camino e hicieron posible la Primera Revolución Socialista en América.

* Ver Anexo: IV. SOBRE LAS LEYES DEL MONCADA. Pág. 132.

En el propio Manifiesto del Moncada, que todavía no era el programa político avanzado que constituye *La Historia me absolverá,* «la máxima aspiración que en esa época y dentro de las condiciones objetivas y subjetivas podíamos plantear»,[9] los jóvenes del Centenario identificaban a la revolución que se proponían hacer al tomar el poder, como la revolución de Céspedes, de Agramonte, de Maceo, y de Martí, próceres que independizaron a Cuba del colonialismo español y como la revolución de Mella y de Guiteras, de Trejo y de Chibás.

Julio Antonio Mella fue el fundador del primer Partido marxista-leninista de Cuba, junto a Carlos Baliño, anciano patriota socialista, cofundador con José Martí del Partido Revolucionario Cubano para la independencia nacional.

En su discurso por el 50° aniversario le la fundación del primer Partido Comunista de Cuba señaló Fidel:

Ese partido surge ya con una clara concepción marxista-leninista en todas las cuestiones fundamentales. Recibe el bagaje y la herencia del movimiento comunista internacional y especialmente de la Revolución de Octubre. Había ya un puñado de hombres que poseían las ideas muy claras acerca de lo que debe ser un partido marxista-leninista, con una estrategia marxista-leninista, una táctica marxista-leninista y una interpretación de los problemas sociales y políticos marxista-leninista.

En cuanto al joven Mella expresaba:

Mella, desde el primer instante, descolló como un extraordinario combatiente revolucionario. Inició en nuestra vieja universidad la Reforma Universitaria, vinculó los estudiantes a los obreros, organizó el primer Congreso de Estudiantes,

[9] Discurso pronunciado por Fidel Castro en la Universidad Karlova, Checoslovaquia, al recibir el título de Doctor Honoris Causa, en 1975.

fundó la universidad «José Martí», organizó la Liga Antimperialista y fundó además junto con Baliño y otros revolucionarios, el primer Partido Comunista de Cuba. ¡Es conmovedora la historia de esta vida tan breve, tan dinámica, tan combativa y tan profunda!

Antonio Guiteras Holmes, otro de los ejemplos en los que se inspiraban los combatientes del Moncada para la fundamentación de su manifiesto a la nación y para la práctica revolucionaria, fue uno de los líderes más preclaros de la década del 30; antimperialista inclaudicable, se destacó por su decidida y valiente actitud frente a los intereses creados, que podían frenar la revolución. Guiteras creía con firmeza que la insurrección armada era el camino cubano para conquistar el poder y fue consecuente con su pensamiento. Inició su vida política antes de cumplir 21 años de edad; cuando cayó el tirano Gerardo Machado y él pasó a integrar el Gobierno revolucionario de los cien días, como Ministro de Gobernación, acababa de cumplir 26 años. En esta etapa nacionalizó la empresa monopolista yanqui de la electricidad, entre otras medidas revolucionarias que defendió e hizo aprobar por el gobierno timorato presidido por Ramón Grau San Martín, del que formaba parte. Su asesinato fue ordenado dos años después por Fulgencio Batista, que emergió a la política en el mismo momento histórico que Guiteras —con la caída de la tiranía de Machado—, y meteóricamente llegó de sargento-taquígrafo, a coronel, jefe del ejército.

Cuenta Haydée que su hermano Abel, desde niño, fue un ferviente admirador de este joven revolucionario y que soñaba con la hora en que otro hombre de su valentía y visión encabezara un movimiento revolucionario en Cuba, para sumarse a él.

Rafael Trejo, también mencionado en el Manifiesto del Moncada como otro de los inspiradores de los jóvenes del Centenario, fue la primera víctima universitaria del segundo período de la tiranía de Gerardo Machado. A los 20 años de

edad cayó herido de muerte, baleado por la policía cuando participaba en una manifestación estudiantil, que combatía al régimen que detentaba el poder. Trejo murió horas después. En aquella manifestación también fueron heridos el estudiante Pablo de la Torriente Brau,[10] y el obrero Isidro Figueroa.

De los labios de Trejo, instantes antes de ser herido, salían potentes consignas determinantes ¡Abajo la tiranía!, ¡Abajo Machado!, ¡Abajo el imperialismo!

Desde el día que ingresó en la universidad, a los 17 años, Rafael Trejo definió su actitud política. Raúl Roa[11] quien fue su compañero durante el corto trecho de vida que transitara el joven dirigente estudiantil, que rápidamente se destacó como vicepresidente de la Asociación de Alumnos de la Escuela de Derecho, ha reproducido un diálogo que expresa con elocuencia la posición de Trejo. La conversación se suscitó entre ambos en el Alma Mater, el 30 de septiembre de 1927.

—¿Traes el certificado acreditativo de haber concluido el bachillerato? —le preguntó Roa.

—Sí, y también la inscripción de nacimiento —respondió Rafael Trejo y agregó sonriente:

—Voy a matricularme en Derecho Público y en Derecho Civil. Creo que he escogido la carrera más acorde con mi

10 Pablo de la Torriente Brau, cayó en España como combatiente internacionalista, durante la Guerra Civil. Era un destacado intelectual comunista. Isidro Figueroa, compañero de Rubén y de Pablo, luchó en la clandestinidad durante la insurrección contra Batista. Fue dirigente obrero. Se ha destacado en la actividad solidaria con la lucha del pueblo vietnamita.

11 Raúl Roa, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y del Consejo de Estado. Vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Destacado intelectual cubano, autor de varios libros. Fue canciller del Gobierno Revolucionario durante más de 15 años.

vocación y temperamento. Desde hace muchas noches sueño con el estrado; pero no creas que mi aspiración es hacerme rico a expensas del prójimo. Mi ideal es poder defender algún día a los pobres y a los perseguidos. Mi toga estará siempre al servicio de la justicia. (...) También aspiro a ser útil a Cuba. Estoy dispuesto a sacrificarlo todo por verla como quiso Martí...

Sobre el pensamiento de Chibás al que también hace alusión el Manifiesto, hacemos una amplia referencia en la introducción de esta obra. En cuanto a los programas políticos planteados en Cuba en distintas etapas históricas, que hace suyos el Manifiesto, todos son consecuentes con la proyección de los combatientes del Moncada y dibujan con nitidez el desarrollo armónico de nuestro proceso revolucionario, su continuidad histórica en camino ascendente hacia el socialismo.

El otro papelito que Bienvenido echó en un sobre y despachó al correo era del combatiente Gerardo Antonio Álvarez y decía:

Querida mamá:

Te hago estas líneas para que sepas dónde estoy.

Ya suenan los tiros a mis oídos, si no te vuelvo a ver perdóname, vieja. Lo que hoy estamos haciendo, otros lo hicieron antes por nosotros.

No podemos soportar seguir siendo gobernados por un tirano. No puedo más; dale un beso a mi hija.

Te quiere tu hijo,

Gerardo

Gerardo Antonio Álvarez había escrito la nota en una hoja de recetario del Hospital Saturnino Lora, con fecha «26-7-53».

Como él había resultado herido leve durante la acción, es probable que arrancara la hoja del recetario en el Cuerpo de Guardia o en el cuarto número 8.

Durante mucho tiempo, Bienvenido guardó la billetera que le entregó Gómez García, hasta que un día el empleado del Hospital visitó a la madre de Raúl, y se la entregó; ella sacó unos papelitos que tenía adentro —casi todos eran pensamientos de Martí—, y le devolvió la billetera a quien fue sin duda el primer mensajero que tuvo la lucha revolucionaria iniciada en el Moncada.

Bienvenido donó después la cartera al Museo de la Revolución; el reloj lo había perdido.

No vamos a teorizar, vamos a combatir. No vamos a decir, vamos a hacer. Esta es la fórmula mágica de la presencia de la juventud. Nosotros, jóvenes, nos sentimos dentro de la consigna y dentro del presente arrostraremos las consecuencias y asumiremos las responsabilidades del tiempo que nos pertenece.

El que antecede es uno de los párrafos iniciales de «Revolución sin juventud», artículo escrito por Raúl Gómez García para impugnar el pretendido carácter revolucionario del cuartelazo, a pocas horas de perpetrarse el golpe del 10 de marzo, en 1952.

En su artículo, inédito hasta después del triunfo de la Revolución Cubana —ya que en ningún órgano de prensa ni institución alguna a los que acudió Raúl para solicitar su edición, encontró acogida— Gómez García argumentaba por qué era tarea de su generación, la Generación del Centenario, hacer la verdadera Revolución en Cuba.

JUVENTUD CUBANA: buena y consciente juventud, hay un llamado en el gritar perenne de tu pensamiento sin límites... el porvenir te llama. Ante la furia siniestra de un régimen montado a horcajadas sobre el bienestar de la república... Ante la fuerza mandante, ante el empuje del rencor ambicioso; ante la herida de la patria abierta..., el corazón que llevas te pide el pensamiento libre, la palabra justa y acaso el acto heroico.

¿Cómo era Raúl Gómez García, a más de la imagen que apreció Bienvenido, en unos minutos?

La madre de Raúl, Virginia García ha contado de su hijo:

> Si él veía una injusticia —desde muy chiquito—, entre los mismos muchachos, la combatía. Él se fue formando así, y así fue después, de mayor. Era noble para ciertas cosas, no para las cosas mal hechas, para las cosas mal

hechas era al revés, y obstinado. Siempre fue de mente amplia, muy pensador desde chiquito y ¡querer a Martí!...

En su sencillo lenguaje, la madre ya anciana, Virginia García, exponía los valores fundamentales en la conducta de un revolucionario que poseyó Raúl Gómez García desde pequeño.

Nacido en un hogar de precaria condición económica, Gómez García padeció desde niño la pobreza. Para garantizarle sus primeros años de enseñanza primaria la madre tuvo que enviarlo a Güines, municipio del interior de la provincia de La Habana, donde vivía otro de sus hijos porque en la capital no podía asegurarle ni la alimentación adecuada. Después de vivir varios años en Güines regresó a la ciudad de La Habana para terminar su primera enseñanza en la Escuela Pública número 48.

El medio familiar donde creció Raúl favoreció el desarrollo de su vigorosa personalidad, y afincó sus convicciones, lo que posteriormente definió el rumbo de su vida. El amor a la patria, que los padres y abuelos de Virginia —mambises— le inculcaron, ella lo supo trasmitir a su descendencia. En su casa él aprendió a amar a Martí, a la bandera, y a defender la libertad. La vida del prócer de nuestra independencia, José Martí, constituyó para Raúl un ejemplo y una meta a alcanzar.

De nuevo Gómez García regresó a Güines para cursar la enseñanza secundaria y media. Ingresó en la Escuela Primaria Superior, bajo la orientación de un destacado maestro cubano, Valentín Cuesta Jiménez, quien realizaba constantes iniciativas cívicas y patrióticas que el adolescente hizo suyas con entusiasmo. En dicha escuela organizó y presidió la Asociación Martiana, creó también el Rincón Martiano del plantel y estableció que los miembros de la Asociación respondieran al pase de lista, en sus reuniones, con un pensamiento de José Martí.

El diario quehacer cívico-político —ya Raúl prefiguraba un político ¿acaso esas no eran manifestaciones concretas de su futura posición política de vanguardia?— lo acercaba cada vez más a la proyección revolucionaria antimperialista de la gran figura de nuestra historia latinoamericana, y hacía surgir en él nuevas inquietudes.

En esta época tomó conciencia de la situación social del país y de la necesidad de grandes cambios.

También estimulado por su profesor, que había descubierto tempranamente la vocación literaria de su alumno, dedicaba parte de su tiempo libre a ejercitarla, a la vez que educaba su gusto artístico, sobre todo en la música.

Sin que existiera para él un programa determinado en cuanto al desarrollo de su personalidad y su cultura, tan sólo estimulando sus impulsos, Raúl tuvo una educación integral. En sus años de estudiante también practicó deportes con verdadero entusiasmo y disciplina. Primero el voleibol, luego el baloncesto y la pelota. Y se destacó como voleibolista en la Escuela Superior de Güines y en los institutos de aquel municipio y de la Víbora, en la ciudad de La Habana.

En 1943, comenzó a estudiar el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Güines. En el ambiente de agitación política de aquellos años que se proyectaba en el estudiantado y en los demás sectores sociales del país, Raúl Gómez García manifestó sus rebeldías. Protestó contra las medidas injustas o arbitrarias, contra los atropellos a obreros y contra los privilegios de aquella sociedad de explotadores y políticos corrompidos.

El periódico *El Estudiantil* en el que colaboró, le sirvió de vehículo para plantear los más diversos temas de interés para los jóvenes estudiantes. En sus breves páginas también formuló denuncias contra los actos deshonestos. Tal fue el caso de la designación de un nuevo director del plantel, que obtuvo el nombramiento por su relación familiar con personeros del gobierno —el nepotismo era uno de los

males de la época—; la situación tuvo la agravante de que el cargo correspondía, por derecho propio, al profesor Valentín Cuesta Jiménez que tenía la capacidad y los años de servicio exigidos para esa función docente.

La participación de Raúl Gómez García en el desenmascaramiento de aquella inmoralidad administrativa hizo que se ganara la confianza y el afecto de sus compañeros y determinó que el director del Instituto lo acusara de «revoltoso» y tratara de expulsarlo por todos los medios.

Ante semejante conflicto su hermano lo trasladó para el Instituto de la Víbora adonde llegó avalado de un expediente excelente. En sólo un año se había ganado tres premios, por lo que le concedieron la «matrícula gratis»,[12] que en un principio le había sido negada.

Durante su estancia en Güines, Gómez García había colaborado con el periódico local escribiendo sobre temas históricos. Luego continuó prácticando la prosa periodística en el Instituto de la Víbora y en esta etapa se incorporó a la vida laboral para contribuir a la economía familiar. Su primer empleo fue de mensajero en una oficina de la Lonja del Comercio, pero renunció al modestísimo puesto al pugnar con los criterios de su patrón. Después trabajó como oficinista en una casa comercial. Ya estaba definida su filiación política, militaba en la Juventud Ortodoxa, se había alineado a su izquierda en el núcleo de jóvenes que buscaban nuevos caminos. Comenzaban para él las reuniones en Prado 109. Raúl matriculó la carrera de Derecho en la Universidad y cursó dos años. Trabajó como maestro en la escuela privada Baldor y se matriculó en la Escuela de Pedagogía de la Universidad, estudio que interrumpió para participar en la pre-

[12] Antes del triunfo de la Revolución, los estudiantes en Cuba debían abonar una cantidad al Estado en pago del derecho a ingresar en un centro de estudios medio o superior, o a continuar cada año vencido. Los estudiantes carentes de recursos solicitaban lo que se llamaba «matrícula gratis» —o sea, la concesión de no abonar tal derecho— sobre la base de su expediente académico.

paración y ulterior acción histórica del Moncada. El golpe del 10 de marzo lo había estremecido y su indignación se desbordó en el artículo «Revolución sin Juventud».

Su futuro se había definido. Al no lograr que se escuchara su palabra, se haría oír con el fusil; adoptaba la decisión consecuente de la juventud en aquel momento crucial. «Revolución sin Juventud», su acto de protesta individual, se entroncó con una acción de participación colectiva en el periódico *Son los mismos,* hasta que ese grupo de jóvenes que tenía como centro a Abel Santamaría se integró al de Fidel, fundándose *El Acusador.* Como resultado de las actividades políticas de Gómez García el director del colegio Baldor dio a conocer una circular redactada en términos oprobiosos contra el joven maestro, lo que originó un conflicto y provocó su cesantía. La abogada Melba Hernández presentó una reclamación ante el Ministerio del Trabajo, a favor de Raúl, pero fue denegada.

Gómez García se dedicó a dar clases particulares y a corregir tesis de grado de estudiantes universitarios, como medio de vida.

Sus ocupaciones no limitaban su intensa participación en las tareas encomendadas por el Movimiento, ni interferían el entrenamiento militar para el asalto al Moncada. Este también fue un período de su vida de marcada inspiración poética, su pluma fue saeta en el verso y en la prosa. El poema «Ya estamos en combate»,* que recitó a sus compañeros de armas la madrugada del 26 de julio en la Granjita de Siboney, es su obra poética más trascendente de esta etapa, así como el texto del Manifiesto del Moncada, su prosa imperecedera.

* Ver Anexo: V. «YA ESTAMOS EN COMBATE» Pág. 135.

Después del acto de detención de Raúl Gómez García, que Bienvenido observó desde la Sala del Patronato de la Liga contra el Cáncer, el empleado se dirigió a la Sala de Urología donde se encontró con un vigilante de la policía que en ese momento interrogaba al otro joven vestido con ropas de enfermo:

> Junto a ellos estaba una alumna-enfermera. El vigilante le preguntó si ese joven estaba ingresado allí y ella le respondió que sí; pero el policía fue a la cama del presunto enfermo a buscar la cuadrícula de la Historia Clínica para comprobar los datos y se dio cuenta que el nombre que le había dado el joven no era el mismo que aparecía en la Historia.
>
> Los guardias se irritaron mucho, fue horrible, comenzaron a pegarle culatazos por la frente a aquel muchacho. En eso, me ven a mí. Como yo no llevaba el uniforme del Hospital porque no me alcanzaba el dinero para comprármelo, pensaron que yo también era uno de ellos y me colocaron al lado del detenido para conducirme preso al Moncada.
>
> Cuando me llevaban entró el capitán de la policía, Izquierdo —en ese momento Jefe de aquel cuerpo armado— y pidió ecuanimidad a los guardias que estaban desenfrenados; Izquierdo me conocía a mí desde niño y al verme me tomó por detrás del cuello y me sacó de la Sala. Por eso me salvé.

El policía que hacía el interrogatorio en esa sala era el mismo que cuidaba la Sala de Penados. Él dijo después que no lo habían visto durante el combate porque se había es-

condido en la Sala de Infecciosos, pero que desde allí lo observaba todo a través de las puertas y ventanas de tela metálica.

La Sala de Penados estaba a la derecha, en relación con la entrada principal del Hospital. Antes de llegar a ella se encontraba la de Infecciosos y entre estas dos la Sala Martínez Cañas, que en realidad era conocida como «el depósito» de enfermos. Los pacientes de esta sala sufrían mucho porque las condiciones del «depósito» eran pésimas y había muy pocas camas; muchos enfermos tenían que permanecer en el suelo. En ese lugar alojaban a pacientes muy pobres y en su mayoría a aquellos que llegaban a Santiago procedentes del interior de la antigua provincia de Oriente y se quedaban alojados en espera del turno de los especialistas. Por la falta absoluta de higiene que había allí no se podía resistir el mal olor que emanaba y esa fetidez se extendía hasta la puerta de la Sala de Penados, por lo que el policía de posta en esa sala trasladaba su silla —en contra del reglamento— hacia la puerta de la Sala de Infecciosos, desde donde podía observar la entrada de Penados y se protegía del mal olor del «depósito».

En aquel tiempo el personal del Hospital lo integraban sesentidós empleados, entre ellos dieciocho médicos en nómina; los médicos recién graduados iban a realizar sus prácticas con carácter honorario. Para la atención de todos los pacientes, el Hospital tenía seiscientas setenta camas, había cuatro enfermeras graduadas: el resto del personal de enfermería lo componían las alumnas y trabajadoras empíricas. La Escuela de Enfermeras sólo ofrecía veinte o veintidós plazas para alumnas, anualmente. Este centro contaba con algunas salas subvencionadas por instituciones de la burguesía tales como el Club de Leones que atendía económicamente la Sala de Oftalmología; la Liga contra el Cáncer, que se ocupaba de Oncología; la Sala de Cardiología, que era subvencionada por un grupo de damas de la sociedad santiaguera.

El pabellón o Sala de Pensionistas tenía diez habitaciones con tres o cuatro camas cada una; el ingreso en dicha sección del Hospital costaba ocho pesos diarios y debía pagarse aparte, la operación y la atención de los especialistas que requiriera el enfermo.

Transcurridos unos días de aquellos hechos, le preguntamos a los policías que hacían la guardia en la Sala de Penados, qué pasó con los prisioneros del Hospital, y ellos mismos me revelaron abiertamente que los habían «fusilado» en el Cuartel Moncada y que aunque los torturaban antes de darles muerte, no lograron ninguna confesión —nos contó Bienvenido.

En una versión de los hechos que muchos años después ofreció el comandante José Izquierdo Rodríguez [con posterioridad al Moncada fue ascendido], dijo que él, con un grupo de sus hombres, habían sido los primeros «representantes de la autoridad» que aquella mañana penetraron en el Hospital Saturnino Lora, cuando cesó el tiroteo.

Izquierdo dijo haber visto muerto, frente al Hospital, próximo a la entrada, a un cabo de apellido Pompa (Pedro Horacio Pompa) con su fusil averiado, destrozado por un disparo, con lo que sumaban tres las bajas que infligieron los revolucionarios al enemigo en la retaguardia: el teniente Fe-

reaud Mejías, el policía Luis Oliva y el cabo Pompa. Los tres murieron en combate.

El propio oficial de la policía que actuó en primera instancia, reveló en su versión de aquellos hechos —veinte años después— que ese día él dispuso a sus hombres en dos columnas para entrar por el pasillo principal del Saturnino Lora, que estaba completamente vacío porque todo el personal se encontraba en el interior de las salas y en otras dependencias de aquel centro. Al único que vio asomarse, según dijo recordar, fue al ex magistrado Portuondo Domenech quien inmediatamente entró de nuevo en su habitación en la Sección de Pensionistas.

El comandante Izquierdo relató:

> Empecé a recorrer el Hospital y no encontré nada. Me informó un agente del SIM, creo que de apellido Garay (Ángel Esteban Garay), que había uniformes y armas tirados por allá atrás.
>
> Voy allá atrás y las veo. Eran armas sin importancia; de bajo calibre. Fui a las salas y les pregunté a las enfermeras: «Yo no sé nada, por favor...», me dijo una, temblando de miedo. La dejé de interrogar. Yo preguntaba ¿dónde están? Y nadie me quería decir. Hasta que un individuo llegó donde yo estaba y me dijo: «¡Ese es uno...!» Fui y lo levanté de la cama, se había vendado la cabeza. Así los fui levantando uno tras otro, hasta tener 18 o 20 hombres reunidos en el patio.

Decía el propio jefe de la policía en su relato, que él no tenía autoridad para contener la furia de los soldados del Cuartel Moncada cuando estos llegaron al Hospital, detrás de los policías bajo sus órdenes. Al frente de esos soldados, según el propio Izquierdo, se encontraba el teniente Piña. que había sido enviado por el comandante Morales, que asumió el mando del regimiento durante el asalto, ya que el jefe, coronel Alberto del Río Chaviano no hizo acto de

presencia en el Cuartel sino hasta después de finalizado el combate.

Continuaba explicando Izquierdo que los soldados encontraron a uno de los muchachos escondido en una pila de leña en la parte de atrás del Hospital, y que un guardia del Moncada le dio una trompada al detenido, advirtiéndole él: «¡no se le puede atropellar!» Que ya en la puerta del Hospital el teniente Piña lo conminó a que le entregara los prisioneros, a lo cual él se negó y que el teniente Piña le echó en cara, violentamente, que esos hombres habían matado a sus compañeros.

Según su relato, Izquierdo ripostó a Piña diciéndole que un hermano de él también había sido muerto en la garita de la posta 3, pero que esos prisioneros serían juzgados conforme a la ley.

Que finalmente Piña y sus elementos ocuparon el Hospital Civil, ya que era la orden que tenían del mando superior. Pero que él, personalmente, condujo a los prisioneros al Moncada y cuando iba entrando con ellos por una de las calles del Moncada los soldados asesinaron al doctor Mario Muñoz, disparándole un tiro. Este hecho fue presenciado por Haydée y Melba que caminaban cerca de Muñoz, también detenidas.

Agregaba el oficial de policía que el joven de la cabeza vendada que él hizo prisionero en una Sala del Hospital le advirtió que uno de los detenidos que él conducía no era combatiente, y debían ponerlo en libertad, porque se trataba de un lechero que estaba en esos momentos en el Hospital; esto él se lo explicó a Chaviano, pero aquel joven también fue muerto, y después el conoció que el del vendaje en la cabeza era Abel Santamaría.

Le faltó decir al jefe de la policía en su reseña que el atropello bestial a los prisioneros, por parte de los soldados, comenzó en el Hospital y que el único caso no fue la agresión al joven detenido en la pila de leña, al fondo del Saturnino Lora. Decenas de testigos habían presenciado los abusos con

el doctor Muñoz y con los demás detenidos, antes de emprender estos el camino sin retorno al infierno del Moncada.

Cuando el comandante Izquierdo prestó declaración, como testigo, en el juicio por los sucesos del 26 de julio, en la vista del juicio oral celebrada el 29 de septiembre de aquel mismo año, omitió estos hechos. No dijo que aquellos jóvenes que él había detenido en el Hospital Civil y entregado a sus superiores en el Moncada aparecieron en la «relación de muertos en combate con el ejército».

Sus otras omisiones en el juicio fueron el asesinato del doctor Mario Muñoz, denunciado en el Palacio de Justicia por Melba y Haydée, y la advertencia de Abel Santamaría sobre la inocencia de un civil detenido junto con ellos.

La «cacería» dentro del Hospital tuvo, evidentemente, dos etapas: la primera fue la entrada del comandante Izquierdo con sus hombres —los policías, uniformados de azul—, y la segunda la irrupción del teniente Piña con los suyos —los guardias vestidos de kaki amarillo—; pero en un corto espacio de tiempo ambos se fundieron en un trágico nudo que hizo difícil a los testigos diferenciarlos.

Ya en aquel momento los oficiales del Moncada tenían hecho el primer balance de la batalla en el Cuartel, cuya guarnición tuvo en total tres veces más bajas que los revolucionarios, magníficamente entrenados y con alta moral de combate.

El ejército había vencido, en último término, según las propias conclusiones de Fidel, por el número, que les daba una superioridad al enemigo de quince a uno y por la protección que les ofrecían los muros de la fortaleza, hasta entonces inexpugnable, del Cuartel Moncada.

Al finalizar el combate los soldados enardecidos por sus jefes, ebrios de soberbia y alcohol, encontraron presa fácil en los héroes de la resistencia del Hospital que hicieron prisioneros.

Enfermos recluidos en las salas donde buscaron protección los combatientes, nos relataron la forma violenta y soez en

que fueron levantados de las camas aquellos jóvenes y muchos pacientes más.

Luis Melecio, un enfermo ingresado en la Sala de Oftalmología, que ocupaba una cama cercana a la que usó Abel, nos contó que los soldados avanzaron frenéticos, levantando sin consideración alguna a todos los pacientes de la sala, y que al llegar adonde estaba el joven con el apósito en el ojo le arrancaron casí todo el vendaje con verdadera furia, gritándole «¡Apúrate, so... anda...!» «Gritaban improperios, le daban golpes en el ojo, ni siquiera lo dejaban ponerse los zapatos.»

Lo llevaron empujándolo por todo el pasillo donde confluía la Sala Sexta con otras ubicadas en esa área del Hospital, dividida por un ancho corredor interior. La alumna de la Sala Sexta también lo vio.

Algo parecido le ocurrió al joven que la alumna Maruja trató de esconder: era Julio Reyes Cairo —ella lo supo después—; a este joven un guardia le ordenó: «¡Corre...!» La alumna lo paralizó con un grito de espanto: «¡No, que te matan...!»

En la Sala de Urología detuvieron a un enfermo, y lo condujeron al Moncada. Era un joven de 17 años, de apellido Batista. Pero como era oriundo del municipio de Banes —lugar de nacimiento de Batista— y tenía su apellido, lo devolvieron al Hospital, pensando que quizás se trataba de algún familiar del tirano. En realidad no había ningún parentesco.

En la Sala de Pensionistas arrestaron al auxiliar de enfermería Alberto Robaina. A este empleado lo encontraron en el cuarto número 8 cuando sacaron a los heridos. Las enfermeras y los médicos se lo arrebataron a los guardias de entre las manos mientras voceaban la identidad del empleado.

Durante el desarrollo del combate se había logrado mantener el orden dentro del Hospital, con el nerviosismo lógico de muchas personas ingresadas, acompañantes y empleados, pero no se produjo ninguna escena de pánico, estas las provocó el ejército al hacer su entrada, cual jauría de lobos.

En el texto de un telegrama enviado por el doctor Norberto Machirán Ortiz, director del Hospital, al doctor Salas

Humara, viceministro de Salubridad informándole sobre la situación del Hospital durante el combate, el director del Saturnino Lora decía:

Este centro sufrió algunos desperfectos, sobre todo en las calderas, disponiéndose su reparación inmediata punto *respecto a los enfermos no sufrieron daño alguno, solamente la consiguiente alarma por los disparos.*

Este telegrama salió publicado en los periódicos de Santiago de Cuba.

Muchos pacientes pidieron el alta en el Hospital; el supervisor militar no pudo evitar el éxodo. Y, por la misma puerta por donde abandonaron esos enfermos el Saturnino Lora salió —autorizado por el ejército —un joven muy delgado que aparentaba tener unos 15 años, era una persona de aspecto insignificante. Este muchacho apenas unas horas antes había entrado al Hospital junto con Abel Santamaría, armado de una escopeta y combatió con ella disparando hacia el Moncada desde las ventanas del fondo del Hospital, al lado de Abel: su nombre, Ramón Pez Ferro,[13] de la célula de Artemisa; había llegado al Saturnino Lora en el automóvil manejado por el segundo jefe del Movimiento, en el que también viajaba Tomás

[13] Ramón Pez Ferro, actualmente embajador de Cuba en Jamaica.

Álvarez Breto, otro artemiseño y algunos combatientes más cuyos nombres nunca conoció.

Ramón Pez Ferro le debía la vida a la solidaridad humana: un veterano de la guerra de independencia, Tomás Sánchez, le dio protección.

Esta es su versión de cómo logró despistar a los guardias que ocuparon el Hospital:

> Disparamos hasta que se nos agotó el parque, cuando salimos de ahí, detrás de las ventanas que eran altas, me dolían los brazos. Recuerdo que ya el sol estaba alto, era pleno día. Parapetado en la misma ventana estaba Abel, aunque él se movía hacia otros lugares y daba las órdenes. Cuando no había balas con que disparar todo el mundo se movió primero hacia el pasillo, allí estuvimos concentrados unos minutos y luego nos dirigimos hacia distintas áreas del Hospital, tratando de obtener alguna noticia de afuera. Alguien me dijo que había una salida por donde entraban las ambulancias, pero que sería imposible alcanzar la calle porque todo el Hospital estaba rodeado de guardias armados, eso fue lo último que hablé con Abel.
>
> Yo fui de los primeros que se separó del grupo; llevaba el uniforme, pero tenía debajo del pantalón de kaki un pantalón de civil me lo dejé en la Granjita porque el del uniforme me quedaba muy grande, ningún uniforme me servía. Uno de los compañeros me sugirió «quédate con el pantalón debajo»; no lo hice por previsión, sino para que me sirviera mejor la ropa de militar, y casualmente por la misma zona del Hospital donde combatíamos había una camisa colgada y la cogí; sería de algún empleado. Salí por el pasillo ya vestido de civil.
>
> En esas condiciones a Tomás Álvarez le surgió una idea; un veterano había mostrado su solidaridad hacia nosotros durante el combate e incluso nos pidió un arma para

luchar, esto motivó a Tomasito para decirle: «Mire, ya no se puede hacer nada, pero usted podría llevarse, como familiar suyo, a este compañero que tiene ropa de civil.» El veterano Tomás Sánchez, accedió y dijo que me haría pasar por su nieto.

Inmediatamente fui con él hacia la sala donde estaba hospitalizado, era la Sala de Veteranos que entonces existía en el Hospital, y me senté al lado de la cama del viejito. Así permanecí un tiempo, impaciente pero sin moverme de al lado de su cama; no puedo precisar cuánto tiempo, no sería mucho pero a mí me pareció muy largo, hasta que sentí el estampido, la entrada de los guardias en el Hospital. Se metieron en la Sala de Veteranos como una jauría humana, buscaban por todas partes, hasta en los rincones; a mí me dio la impresión que venían por mí y estuve a punto de pararme; el viejo con una expresión me indicó que tuviera calma, los guardias pasaron por mi lado y ninguno se fijó en mí. Cuando vi que había pasado inadvertido le pedí al veterano que aprovechara para decirle al médico, a cuyo lado se encontraba un guardia vigilando, que me permitiera salir, que mi mamá estaría desesperada al ver que yo no llegaba a casa, después de quedarme toda la noche en el Hospital y con lo que pasaba...

El veterano habló con el médico y le hizo esa historia con gran serenidad: «¡Cómo no, viejito, los hijos de los veteranos no tienen problema», dijo delante del guardia, y él mismo me sacó por el pasillo hasta la puerta principal. Allí le pedían el nombre a todo el mundo, había muchos soldados; fui identificado ante ellos como el nieto del veterano y los mismos guardias repitieron: «Los hijos de los veteranos no tienen problema aquí...» Y así salí del Hospital. En el trayecto hasta la puerta no vi a ningún detenido; pienso que quizás ya los habían

sacado a todos, si me hubiera encontrado con alguno, habría cambiado la historia...

Pez Ferro deambuló por la ciudad hasta lograr abandonar Santiago de Cuba; muchos días después fue detenido en La Habana, al ser interceptado en la estación de Correos y Telégrafos de Artemisa un mensaje dirigido por él a su familia; inmediatamente fue vinculado con jóvenes combatientes que procedían de esa región del país. Aún cuando negó las acusaciones ante los órganos represivos de la tiranía, en La Habana, fue remitido a Santiago de Cuba para ser juzgado junto a los demás encartados en la Causa 37 por los sucesos del 26 de julio.

Al no poder probar en el juicio los cargos que había contra él, lo absolvieron. Unos pocos combatientes más también fueron absueltos por el Tribunal, por falta de pruebas. Como estrategia se había autorizado por la Dirección del Movimiento en la cárcel de Boniato, que aquellos combatientes que pudieran demostrar su inocencia no tenían que declararse confesos.

No fueron pocos los combatientes del Moncada, incluidas Haydée y Melba, que ignoraron durante años que había un sobreviviente entre los hombres que ocuparon el Hospital con Abel. El ejército no lo imaginó jamás.

La «operación limpieza» en el Hospital tuvo poca duración; ella seguiría la represión aplicada por el ejército al personal de ese centro y muy especialmente a las alumnas del último

año de enfermería y a algunas enfermeras profesionales. La Escuela fue registrada minuciosamente, violentados los armarios, los closets, las casillas, las gavetas.

No se permitió a nadie entrar en el Saturnino Lora, a menos que no estuviera debidamente autorizado por el mando superior, y la primera amenaza del Supervisor Militar, capitán médico Mario Porro —un drogadicto consumado—, para todos los empleados fue la «cesantía», si comentaban u ofrecían cualquier tipo de información sobre lo ocurrido en el Hospital Civil. En cuanto a las alumnas la amenaza fue que no se graduarían *nunca* si alguna de ellas incumplía esa orden, y que en última instancia serían acusadas como cómplices de los revolucionarios.

Los periodistas vimos fallidos todos los intentos de entrar en el Hospital después del combate.

Fue posible, incluso, recorrer el Moncada, pero entrar en el Hospital no. Las «autoridades» no daban explicación. Tajantemente nos decían: «¡Al Hospital no se puede entrar!»

Querían dejar presa la verdad allí.

Ningún ardid nos sirvió para visitar ese día el Saturnino Lora. En las clínicas privadas como Los Ángeles, La Colonia Española, el Centro Gallego, y otras, así como el Hospital de Emergencias, y la Casa de Socorros, había una estrecha vigilancia por parte del ejército y la policía; se registraba a las personas que entraban y salían, pero no se impidió el acceso de civiles.

Los periódicos de Santiago de Cuba publicaron en su edición del 27 de julio de 1953 la siguiente nota:

El único centro hospitalario que no pudo visitarse el 26 de julio fue el Hospital Civil Saturnino Lora, situado precisamente frente al Cuartel Moncada y en parte escenario del combate. La prohibición absoluta de entrada emanó de los centros militares superiores. Esta prohibición fue estricta.

A las doce del día nació una criatura en el Hospital; la única mujer que permaneció ingresada en la Sala de Maternidad, dio a luz un varón. El niño fue recibido por la alumna Cristina; fue un alumbramiento espontáneo de una madre soltera, de 18 años, nombrada Caridad Domínguez; era su primer hijo.

A esa hora se escuchaban desde el Hospital ráfagas de ametralladoras y descargas de fusiles automáticos: asesinaban a los prisioneros entre ellos a los combatientes del Hospital, que un testigo, José Villa Romero, vio llegar a los calabozos del Moncada y durante más de una hora estuvo preso junto con ellos. Este hombre afirma que Abel Santamaría le salvó la vida en las mazmorras del Moncada.

En 1973 reencontré a Villa Romero «Toitico», a quien había visto diariamente durante el juicio por el asalto al Cuartel Moncada que se celebró entre el 21 de septiembre y el 5 de octubre en la Audiencia de Santiago de Cuba. A él lo habían involucrado en la Causa 37 porque fue jefe de la policía en Santiago de Cuba durante el gobierno de Carlos Prío, y después del golpe del 10 de marzo militó en la Triple A, organización clandestina de oposición al régimen. Aproximadamente a las siete de la mañana Villa Romero fue conducido al Moncada por un teniente del ejército que lo detuvo en la puerta de su casa, situada muy cerca del Cuartel Moncada.

Esa era quizás la primera detención de un político oposicionista que se efectuaba. El régimen lo identificaba a él como «lugarteniente» de Prío en Santiago de Cuba y autor-jefe del asalto al Moncada.

Al llegar al Cuerpo de Guardia del regimiento, el detenido reconoció al subteniente Cándido Wilson, director de la banda de música militar de esa provincia, que actuaba esa mañana de comandante de la guardia. Dirigiéndose al suboficial lo instó a que hiciera constar en el libro de entrada que lo habían hecho prisionero en su propio hogar, asentándose así en el registro.

Por sus anteriores funciones, Villa Romero conocía los mecanismos de defensa que tenían que utilizarse en situaciones semejantes.

Del cuerpo de Guardia del Moncada lo condujeron a uno de los calabozos de la fortaleza, encontrándose allí con otros dos detenidos. Después de las ocho y media de la mañana comenzó a llenarse la celda de presos.

> Esos detenidos los traía el teniente Piña —Piña, «El carnicero», como lo llamaban, porque había dos hermanos Piña en el ejército—; en el primer grupo de presos que él trajo venían Ameijeiras, Borís Santa Coloma... era un grupo como de cinco.[14] ¡Y en esos viene Abel!, con las manos así, detrás del cuello.
>
> Piña, al verme, cuando entró con Abel, dijo una insolencia y montó el rifle para tirarme dentro del calabozo. Esa es una de las cosas por las que yo digo que considero a Abel Santamaría como uno de los hombres más humanos que he conocido, porque ese hombre se paró alante de mí, en la puerta del calabozo, y dijo: «¿Cómo ustedes van a asesinar a un hombre así? ¡Este hombre no viene con nosotros!»
>
> En ese momento Abel se confiesa culpable del ataque por tal de que no me fusilaran a mí dentro del calabozo: «¡Entonces tú sí viniste, eh...!», dijo Piña. «Sí, yo vine, pero ese hombre no vino con nosotros, cómo van a asesinar a un hombre así, por gusto», le contestó Abel. Eso le da tiempo a Cándido Wilson para decirle a Piña que a mí me habían detenido en mi casa y que

[14] En aquellos momentos Villa Romero no conocía los nombres de los combatientes pero pudo identificarlos a casi todos posteriormente, ya que permaneció preso durante más de dos meses, junto a los jóvenes asaltantes del Moncada y tuvo oportunidad de hablar en varias ocasiones con Raúl Castro sobre los prisioneros que llevaron al calabozo donde él estaba.

mi nombre estaba asentado en el libro del registro del Cuerpo de Guardia del Cuartel.

...por primera vez yo veía a ese muchacho y eso se me quedó grabado. Todavía, y han pasado veinte años, no puedo olvidarlo. Yo le debo mi vida a Abel Santamaría.

Recuerdo que Abel se interesaba mucho por el tiempo, me preguntó dos o tres veces la hora, durante el rato largo que estuvo en el calabozo, él estaba muy interesado en el tiempo; no traía reloj, ni él, ni Santa Coloma, ni ninguno; parece que ya los guardias se lo habían quitado. Me preguntaba la hora y cuando yo se la decía comentaba con el alto grande, Santa Coloma, como si fuera para él muy importante el tiempo, y sacaba discusión como para demorar a los soldados, para que no buscaran a más nadie, porque él era el jefe. Volvía a preguntarme la hora...

Y en eso cuando habían sacado dos grupos, al llegar al tercero, Cándido Wilson, el comandante de la guardia, quiso hacer una resistencia para no dejar sacar a más nadie del Cuerpo de Guardia, porque esos calabozos estaban en el Cuerpo de Guardia, uno era el de los oficiales y el otro el de los alistados, nosotros estábamos en el calabozo de los alistados, y parece que se fueron con la queja allá arriba al Auditor y este hombre bajó y un poco irónico le dijo a Cándido Wilson: «Cándido, tú tratas bien a estos muchachos porque esos serán los futuros representantes y senadores.» Abel al oír eso se paró y le dijo: «Mire, señor, nosotros no vinimos aquí a sacar actas de representantes, ni de senadores, nosotros vinimos a liberar a Cuba o a morir», y sale por allá un soldado, interviene y dice: «Bueno, de lo último que dijiste sí puedes estar seguro...»

Hay otra cosa de Abel Santamaría que se debe resaltar. Cuando Abel sale del calabozo (era el Año del Centenario), había unos pasquines, él los ve y dice: «¡Martí, si tú llegaras a ver esto!» Entonces un soldado de apellido Batista, un jabaito él, y el sargento González («el tigre»), le echó una llave por el cuello y ese soldado, Batista, le pinchó un ojo con la bayoneta. Fue una cosa tremenda, aquello que yo vi, y Abel no dijo nada, ¡ni así!... no pude ver qué sucedió después. Eso ocurrió a la salida, cuando se abrió la puerta. Ahí fue donde le metieron el primer bayonetazo por el ojo.

Era un grupo grande, los estaban llevando tan rápido; me parece que junto a él llevaron al que llaman el poeta de la Revolución.

Raúl Gómez García iba con él, con Abel, Ameijeiras; querían sacarme a mí, yo casi salí hasta la puerta detrás de Abel cuando Wilson grita: «Este no, este es el jefe y tiene que interrogarlo el coronel...

Eran como las diez y media o las once de la mañana.

¿Se comentó en qué lugar consumaron el crimen? —le preguntamos a Villa Romero:

En la caballeriza, ahí en la caballeriza había una pared grande, y ahí era donde los mataban.

¿Cuándo usted vio a Abel por primera vez y en qué circunstancias?

Cuando le estaban quitando la ropa, el pantalón de soldado, y lo dejaron en calzoncillo y camisilla; él estaba echando mucha sangre por una pierna, no sé si sería un bayonetazo o un tiro que le habían metido antes. Abel estaba echando mucha sangre de esa pierna, pero no se quejaba, no se lamentaba de nada, una hombría

tremenda; yo le ofrecí mi pañuelo para que se ligara y él me dijo: «No, gracias, no hace falta...», y se lo dio a otro. Entonces es cuando le dicen: «Tú, ven...», fue el teniente Piña, Piña, «el carnicero». «¡Dale...!», le ordenó «el tigre». Yo no pude ver más...

Las horribles «hazañas» del sargento Eulalio González «el tigre», fueron descritas por Fidel durante su alegato en la salita de las enfermeras del Hospital, el 16 de octubre. Aún cuando el régimen impuso todas las medidas imaginables para silenciar la verdad de lo que ocurrió con los combatientes prisioneros, sobre todo con la veintena de jóvenes al frente de los cuales estaba Abel, la verdad se dijo primero como un susurro que salía de los labios temblorosos de miedo de los mismos soldados, o de repugnancia, y luego como una denuncia categórica y viril en boca del propio Fidel, allí en el Hospital:

Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: «Éste es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro.» Ella que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó

llena de dignidad: «Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo.»

...En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del Cuartel Moncada, apodado «el tigre». Este hombre no tenía después el menor empacho para jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto para que lo oyera la señora vestida de luto: «Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando.»

El sargento González «el tigre», junto al teniente Piña el carnicero», fueron los más destacados verdugos de los prisioneros del Hospital. Émulos del coronel Chaviano y del comandante Andrés Pérez Chaumont, fieles cumplidores de la orden de exterminar a diez revolucionarios por cada soldado muerto, impartida por Fulgencio Batista, por conducto de su enviado personal, general Martín Díaz Tamayo.

En cuanto a las víctimas de «el tigre» y «el carnicero» y otros criminales que se les parecían, si fueran pocas las pruebas de los relatos, bastaría mencionar varios certificados de defunción levantados por los médicos forenses doctores Manuel

Prieto Aragón, Carlos Padrón Ferrer, Ramón Cabrales Arjona y Alipio Rodríguez López, que constan en el sumario de la Causa 37 por los sucesos del Cuartel Moncada. Por ejemplo estos:

CUARTO: *Se presenta el cadáver de un desconocido que viste pantalón kaki y debajo del mismo, pantalón blanco de enfermo, con dentadura completa, presentando heridas por proyectil de arma de fuego, de grueso calibre, situadas en la superior, de ambos antebrazos. Herida de entrada en la región temporal izquierda y de salida en la región temporoparietal derecha, heridas en la pierna derecha y en el muslo izquierdo, en su cara posterior, causa directa de la muerte, hemorragia intercraneana y la causa indirecta, heridas de proyectiles de arma de fuego.*

OCTAVO: *Se presenta el cadáver de un desconocido de la raza blanca, que viste una bata de médico en cuyo lado izquierdo están grabadas las letras que dicen: Dr. Muñoz, pantalón blanco y el que en su hábito externo presenta contusiones con hundimiento de ambos molares y heridas por proyectil de arma de fuego, de grueso calibre, situadas en la región parietal izquierda, como orificio de entrada y en la región parietal derecha como orificio de salida, heridas en la cara anterior del hemitorax derecho, cara anterior del antebrazo derecho y región deltoidea derecha, que la causa de la muerte ha sido hemorragia intercraneana y la indirecta heridas por proyectil de arma de fuego; en este estado comparece el doctor Enrique Castellanos, presidente del Colegio Médico de esta ciudad e identifica el anterior cadáver, como el del doctor Mario Muñoz Monroy, de 41 años de edad, médico cirujano, casado, vecino de Colón, e hijo de Marciliano y de Catalina.*

DECIMOCTAVO: *Se reconoce un cadáver que viste pantalón militar sin cordones y debajo de éste un pantalón blanco con un letrero que dice: «Sala Sexta», al parecer del Hos-*

pital cuyos dos pantalones se ocupan. Presenta dos heridas grandes a derecha e izquierda del cráneo que según los peritos pueden haber sido causadas por varias balas de ametralladora o por una granada. Siendo la causa directa de la muerte hemorragia cerebral y la indirecta por proyectil de arma de fuego.

DUODÉCIMO: *Se examina un cadáver que viste pantalón blanco que dice: «P. A. C. Sala Sexta» en la parte de arriba y un pantalón kaki sobre el primero y unos zapatos negros, todo lo que se ocupa. Presenta un hueco grande en el occipital izquierdo y una herida larga en la cara anteroexterior del tercio inferior del antebrazo izquierdo. Siendo la causa directa de la muerte destrucción del cráneo por avulsión y la indirecta por proyectil de arma de fuego.*

TRIGÉSIMO CUARTO: *Se examina un cadáver que viste pantalón blanco al parecer de enfermo que dice o presenta letrero que dice: «Sala Op», tiene puesta una camisa sin huellas de bala y presenta herida por arrancamiento del pie izquierdo, herida de bala en el epigastrio (orificio de entrada), otra de salida en la región interescapular, una en la región maxilar izquierda, cara externa (orificio de entrada), otra de salida en la cara lateral del flanco derecho, otra retroauricular, es decir en la región retroauricular derecha, con salida por la frontoparietal izquierda, se ocupa la ropa relacionada, siendo la causa directa de la muerte hemorragia intracraneana, toráxica y abdominal y la indirecta heridas por proyectil de arma de fuego.*

Crímenes tan evidentes no podían ser silenciados por nada, ni por nadie.

Las primeras que denunciaron el asesinato de sus compañeros fueron Melba Hernández y Haydée Santamaría en el curso de la Quinta Vista del juicio oral por los sucesos del

Moncada, efectuada el 29 de septiembre de 1953 en el Palacio de Justicia de Santiago de Cuba:

> Cuando nos detuvieron —expresó Haydée acusadora—, había veinte hombres con nosotras, ahora no están aquí, tampoco estuvieron en la cárcel de Boniato... ¡fueron asesinados en el Moncada!
>
> La aseveración de Haydée Santamaría había sido emplazadora y desafiante, dramáticamente veraz (...). El fiscal señaló a la Sala que su interrogatorio a la acusada había concluido, ninguno de los abogados solicitó formularle preguntas, tampoco los magistrados. El sentimiento de perplejidad era casi unánime. Estábamos conmovidos (...). Haydée se volvió a su puesto serena...[15]
>
> ...y altiva, yo regresé a mi puesto con una altivez tan grande... porque recupero la fuerza cuando voy a hablar de Abel y hablo de Boris, de lo que les pasó. Y así siento como que me rajo por dentro. Siento como que algo se me está partiendo en dos. Fíjate que me dice el fiscal: «Si no quiere seguir declarando no lo haga, nadie la obliga.» Es cuando me pongo molesta conmigo misma y digo: «No, no. Él me dijo que tenía que vivir para contarlo todo.» De verdad que fue un momento terrible. Sentí como si me hubieran halado por la cabeza y por los pies, y me hubieran partido. Pero más que partido como si me destrozaran. Sin embargo en el pecho yo no sentía opresión, al contrario: como si me hubieran abierto. Sentí que me relajaba totalmente. El fiscal insiste: «Óigame, si usted quiere callarse...» Y me digo a mí misma: «No, no, él me dijo que tenía que vivir para contarlo todo... yo tengo que vivir porque tengo que ayudar a Fidel. Antes quería vivir para ver a Fidel

[15] Marta Rojas: *La Generación del Centenario...* Ed. cit.

y expresarle lo que Abel quería y lo que Abel sentía por él. Decirle a Fidel que a Abel no le importaba morir si él vivía.»

Estas emotivas reflexiones de Haydée se produjeron veinte años después durante un diálogo informal con ella, al recordar los momentos del juicio del Moncada.

En aquella quinta vista Melba Hernández, después de responder a las preguntas del fiscal, pidió al Tribunal se le permitiera hacer unas manifestaciones, «Antes de que se me pida que me retire», dijo. El Tribunal accedió:

> A Gómez García lo despedazaron a golpes, fue asesinado al igual que veinte muchachos que estaban en el Hospital con nosotras...; el doctor Muñoz caminaba entre dos escoltas a dos o tres metros de distancia de nosotras, delante de Yeyé y de mí; escuchábamos que le explicaba a un militar, que él era médico; el militar lo insultaba y lo empujaba violentamente, en una oportunidad que trató de pararse porque lo habían lanzado al suelo, le dispararon por la espalda, asesinándolo.[16]

El juicio del Moncada convirtió a los acusadores, verdugos y asesinos de todo tipo, en acusados; no fueron sólo los crímenes cometidos con los prisioneros del Hospital los que allí se denunciaron por parte de los jóvenes asaltantes con coraje

[16] *Op. cit.*

e hidalguía ejemplares, con valor y heroísmo, dadas las circunstancias en que se desarrolló el proceso, en medio de un clima de terror y miedo en que los héroes eran vistos como «la peste» en virtud de los intereses creados.

Mientras la política era silenciar, el afán de los revolucionarios era denunciar el crimen y proclamar las verdades:

Cuando concluya no quiero tener que reprocharme a mí mismo haber dejado principio que defender, verdad sin decir, ni crimen sin denunciar —dijo Fidel en su alegato *La Historia me absolverá,* y refiriéndose al juicio que se había iniciado el 21 de septiembre en la Audiencia, significaba: *...iba a librarse contra la infamia el combate terrible de la verdad.*

Largo y difícil fue el combate por la verdad y los principios porque al Moncada siguió la represión feroz desatada por la tiranía, y el torvo y sordo enfrentamiento de los partidos políticos de oposición, ya obsoletos andamiajes, desde aquella acción, auténticamente revolucionaria, emprendida por la Generación del Centenario el 26 de julio.

El gobierno de facto, desenmascarado como tiranía, presentaba a los heroicos iniciadores de la Revolución, como una gavilla de malvados, a partir de un avieso informe oficial fabricado para «demostrar» a la «opinión pública» que los asaltantes habían asesinado en sus camas a soldados enfermos, recluidos en el Hospital Militar, abriendo sus vientres a cuchilladas, y que las mujeres se habían negado a socorrer a los militares heridos, aún cuando fungían de enfermeras.

La dirección oposicionista, legalizada, incluidos los ortodoxos, los presentaban como idealistas que habían ido a inmolarse en delirante martirologio, trastornando con ese acto sus planes para la solución política, o con el chantaje insurreccional (Pacto de Montreal), de la crisis provocada por el 10 de marzo.

La reacción de unas y otras fuerzas —los intereses políticos existentes—, fue monolítica, en tanto que conducente a olvidar el Moncada.

Durante más de un año se tendió el obligado y cruel silencio, el punto en boca, sobre el Moncada. Hasta que la voluntad de un hombre, la firme convicción de la influencia decisiva que tienen las ideas en los procesos históricos, y la fidelidad de una vanguardia a su causa, hicieron rajar la tapia que creían sellada para siempre, propagándose poco a poco la verdad dicha, y ahora escrita en *La Historia me absolverá,* que devino el combate victorioso del Hospital.

Como un eco admonitorio este hecho singular afirmaba la razón que tenía Abel cuando advertía a su hermana en el Hospital quién era el que debía vivir.

ANEXO

I. LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CUBA

Por su antigüedad Santiago de Cuba es la segunda ciudad de la Isla, y la primera por su historia.

La metrópoli española había decidido las fundaciones de las villas de Bayamo, Trinidad y Puerto Príncipe, cuando Diego Velázquez se adelantó a fundar Santiago de Cuba inmediatamente después de Baracoa.

Según las crónicas de Emilio Bacardí, «el adelantado» Diego Velázquez tomó la decisión «al comprender la magnificencia natural de la región y su fácil comunicación con Santo Domingo, residencia entonces del Gobierno de Indias».

Santiago fue fundada el 28 de junio de 1514. Tan sólo veintidós años después del descubrimiento de América.

Por su posición geográfica, esta ciudad resultó el punto de enlace más directo con La Española y con América del Sur y estuvo mucho más vinculada a estos países que a la propia Habana —cuando ya era capital—, dada la distancia y las dificultades de comunicación de los primeros siglos, entre un extremo y otro de la Isla. Tal hecho contribuyó a que la capital oriental desarrollara perfiles sociales y económicos singulares.

Ciudad receptora de los primeros esclavos africanos, y de la emigración francesa de Haití y de la Louisiana, que impusieron algunos de sus rasgos culturales, Santiago generó muchos hábitos y costumbres diferentes a los del resto de Cuba.

La gran capacidad de rebeldía de la población oriental, en general, y en particular de la santiaguera, es la constante en la historia de esta ciudad cubana que dio a la patria veintinueve generales de la guerra de Independencia y decenas y decenas de miles de combatientes.

En todas las grandes citas históricas, los santiagueros han estado presentes en forma relevante: en las primeras rebeldías de esclavos; en las luchas políticas entre criollos y españoles antes del 68; en las guerras del 68 y el 95; en el largo y cruento combate del pueblo en la seudorrepública, contra los regímenes tiránicos y por la conquista de la plena soberanía.

En Santiago, ciudad natal del Titán de Bronce, Antonio Maceo, del general Guillermón Moncada y de otros grandes de la independencia; de Renato Guitart, de Frank País y de tantos héroes de la insurrección, reposan los restos de nuestro prócer José Martí.

Como se sabe, Santiago de Cuba —cuna de la Revolución— fue el escenario del glorioso asalto al Cuartel Moncada.

Luego, en 1956, la vanguardia revolucionaria de Santiago protagonizó el heroico alzamiento del 30 de noviembre. Ese día por primera vez, los jóvenes del Movimiento 26 de Julio vistieron el uniforme verdeolivo del Ejército Rebelde, la victoriosa fuerza armada popular, que habría de nacer en Playas Coloradas el 2 de diciembre, al arribo azaroso del yate Granma con la expedición dirigida por Fidel, procedente de Tuxpan, México.

La etapa de lucha insurreccional que se abrió en el país a partir del asalto al Moncada y se engarzó en el Granma, tuvo en Santiago un granero inagotable de héroes y mártires.

Al triunfo de la Revolución en el histórico discurso pronunciado por Fidel al rendirse la plaza del ejército de la tiranía en Santiago de Cuba, el Jefe de la Revolución Cubana dijo:

«¡Al fin hemos llegado a Santiago! ¡Duro y largo ha sido el camino!, pero hemos llegado. ¡Santiago de Cuba ha sido el baluarte más fuerte de la Revolución! ¡La Revolución empieza ahora...!»

II. MÁRTIRES DEL MONCADA

Abel Santamaría Cuadrado
Armando del Valle López
Alfredo Corcho Cinta
Andrés Valdés Fuentes
Asunción Manuel María Rojo Pérez
Antonio Betancourt Flores
Ángel Guerra Díaz
Carmelo Noa Gil
Emilio Hernández Cruz
Elpidio Casimiro Sosa González
Fernando Chenard Piña
Flores Betancourt Rodríguez
Félix Rivero Vasallo
Gerardo Antonio Álvarez Álvarez
Gregorio Careaga Medina
Guillermo Granados Lara
Gildo Fleites López
Giraldo Córdova Cardín
Gilberto Varón García
Hugo Camejo Valdés
Horacio Matheu Orihuela
Ismael Ricondo Fernández

José Antonio Labrador Díaz
José Francisco Costa Velázquez
José Francisco Testa Zaragoza
Juan Manuel Ameijeiras Delgado
José Luis Tasende de las Muñecas
Julio Trigo López
Juan Domínguez Díaz
José de Jesús Maderas Fernández
Jacinto García Espinosa
José Wilfredo Matheu Orihuela
Julio Máximo Reyes Cairo
Lázaro Hernández Arroyo
Luciano González Camejo
Mario Muñoz Monroy
Marcos Martí Rodríguez
Miguel Ángel Oramas Alfonso
Manuel Gómez Reyes
Manuel Saíz Sánchez
Manuel Enrique Isla Pérez
Mario Martínez Ararás
Osvaldo Socarrás Martínez
Pedro Marrero Aizpurúa
Oscar Alberto Ortega «Nito»
Pablo Cartas Rodríguez
Pedro Véliz Hernández
Pablo Agüero Guedes
Rigoberto Corcho López
Reynaldo Boris Luis Santa Coloma
Raúl Gómez García
René Renato Guitart Rosell
Roberto Mederos Rodríguez
Raúl de Aguiar Fernández
Ramón Ricardo Méndez Cabezón
Rolando San Román y de las Llamas
Rafael Freyre Torres
Remberto Abad Alemán Rodríguez

Tomás Álvarez Breto
Víctor Escalona Benítez
Virginio Gómez Reyes

Población civil

Manuel Cala Reyes «El Niño»
Miguel Antonio Ravelo Rabel
Pedro Romero Fonseca
Eduardo Ambrosio Hernández Rosseau «Chano»
Francisco Vieras Millian
Raúl Villareal
Rolando del Valle
Rubén Cordero Sánchez
Armando Miranda Montes de Oca

Combatientes del Moncada
caídos en el desembarco del Granma

Antonio López Fernández «Ñico»
Armando Mestre Martínez
René Bedia Morales
José Ramón Martínez Álvarez

Combatiente del Moncada
caído en el combate del Uvero en la Sierra Maestra

Julio Díaz Gonzáiez

Combatiente del Moncada
caído en el combate de Mar Verde en la Sierra Maestra

Ciro Redondo García

Combatientes del Moncada
caídos en la lucha clandestina contra la tiranía de Batista

Humberto Valdés Casañas
Vicente Chávez Fernández
Reynaldo Castro

III. MANIFIESTO DEL MONCADA

Ante el cuadro patético y doloroso de una república sumida bajo la voluntad caprichosa de un solo hombre, se levanta el espíritu nacional desde lo más recóndito del alma de los hombres libres. Se levanta para proseguir la revolución inacabada que iniciara Céspedes en 1868, continuó Martí en 1895, y actualizaron Guiteras y Chibás en la época republicana. En la vergüenza de los hombres de Cuba se asienta el triunfo de la Revolución Cubana.

Ante la arrogancia desafiante de la dictadura y el conciliábulo y la componenda ridícula de los políticos descastados, se levanta la vergüenza inquebrantable del pueblo cubano en la decisión unánime de reconquistar su constitución, sus libertades esenciales y sus derechos inalienables, pisoteados sin tregua por la usurpación traicionera.

Ante el caos en que ha sumido a la nación el empeño del más ambicioso de todos los cubanos y el interés despiadado de sus congéneres, la juventud cubana que ama la libertad y respeta el decoro de los hombres libres, se alza vibrante con un gesto de rebeldía inmortal, rompiendo el pacto insano con la concepción del pasado y con el presente de duelo y decepción.

Ante la tragedia de Cuba contemplada en calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, que no mantiene otro interés como no sea el decidido anhelo de honrar con sacrificio y triunfo, el sueño irrealizado de Martí.

En nombre de las luchas incansables que han marcado cumbres de gloria en la historia de Cuba, viene la revolución nueva, rica en hombres sin tachas, para renovar de una vez y para siempre la situación insoportable en que han hundido al país los ambiciosos y los improvisados y agarrada a las raíces del sentimiento nacional cubano, a la prédica de sus más grandes hombres y abrazada a la bandera gloriosa de la estrella solitaria, viene a declarar ante el honor y la vergüenza del pueblo cubano:

En la vergüenza de los hombres de Cuba está el triunfo de la Revolución Cubana. La revolución de Céspedes; de Agramonte... de Maceo... de Martí... de Mella y de Guiteras, de Trejo y de Chibás. La revolución que no ha triunfado todavía. Por la dignidad y el decoro de los hombres de Cuba, esta revolución triunfará.

El Centenario martiano culmina en ciclo histórico que ha marcado progresos y retrocesos paulatinos en los órdenes político y moral de la república: la lucha sangrienta y viril por la libertad e independencia; la contienda cívica entre los cubanos para alcanzar la estabilidad política y económica; el proceso funesto de la intervención extranjera; las dictaduras de 1929-33 y de 1934-44; la lucha incansable de los héroes y mártires por hacer una Cuba mejor.

Alboreaba en la vida cubana el propósito de encontrar el camino verdadero; estaba la conciencia ciudadana en disposición de dar su mejor fruto, conquistada por el sacrificio de la vida de uno de sus más preclaros próceres y por el mandato de su voz admonitoria; cuando, al mando del más ambicioso de los cubanos, una ridícula minoría se apoderó del país, derrochando falaces promesas y mentirosa propaganda. El propósito era hacer creer al pueblo sano que aquel golpe trai-

cionero al corazón de las instituciones, era capaz de engendrar el progreso social, la paz, el trabajo.

Al collar de sangre y de ignominia, de lujuria desmedida y de atraco al tesoro nacional, que estaba atado al nombre del nuevo gobernante, se unía la larga cadena de atentados contra Cuba: institución del «golpe de Estado» para asegurar regímenes de fuerza; soborno del congreso y de los presidentes títeres; destitución física de varios presidentes; imposición de castas y privilegios; disolución del congreso; nombramiento ilegítimo de personeros en el poder judicial; destitución de concejales y alcaldes; atropellos y abusos en la persona física de los ciudadanos pacíficos; y colocación de una bandera sin gloria al lado de la bandera más gloriosa.

El presente reeditó con creces, al poco tiempo del golpe traidor, las calamidades, la angustia, el desalojo y el hambre, de que es signo inequívoco el ambicioso jefe de gobierno y sus acólitos principales. La paralización en seco del ansia popular por el abuso de la fuerza, trajo como consecuencia la más grave situación engendrada por un suceso político cubano en todas las épocas: merma de la producción industrial; disgusto de los obreros y expulsión de sus centros de trabajo; persecución y encarcelamiento de los estudiantes por su protesta cívica contra el régimen; aislamiento y división de los partidos políticos; desaparición repentina del dinero de la calle; huida a las arcas, del temeroso capital; presos los que se atrevieron a protestar públicamente por el atropello de la república; disolución del código y muerte de la constitución y sus derechos: sobre la conciencia del autor cae el desprecio de los hombres libres y el filo de la espada justiciera.

En el caos surgido sobre nuestro pueblo, herido, pero jamás muerto, cayeron otras tardías ambiciones. Los que no pudieron hacer del país lo que mil veces prometieron teniendo en sus manos el poder... los que, si bien no ahogaron la expresión serena de la libertad, tampoco contribuyeron a hacerla justa y eterna para nuestro país, para arrancar de la raíz de nuestra historia el trágico golpe insólito; vinieron entonces a

fungir de apóstoles, tratando en vano de reconquistar glorias pasadas. Ni puede triunfar en el ánimo y conciencia popular otra idea como no sea la desaparición total de este estado latente, de este caos infecto donde nos han sumido tanto los culpables del atentado madrugador a las instituciones nacionales, como los que han podido ver en calma el crimen. Ni es honrado ni justo atentar al corazón de la república, ni es justo ni es honrado encaramarse sobre ella para dejar que los demás atenten.

Ante el cuadro político de Cuba se regocijan el dictador infeliz y sus congéneres subidos sobre la frente del pueblo en su afán ansioso de saqueo. Ante el cuadro patético de Cuba los políticos venales se asocian para montar la nueva pantomima. Fósiles de la política cubana sacan al foro público las ideas más retrógradas, los pensamientos más inútiles; mientras el ansia popular, que nunca se equivoca, esperaba la clarinada de alerta, la defensa de sus más sagrados derechos, de su bandera tricolor y de la idea eterna por la que han muerto los más ilustres y desinteresados ciudadanos.

Por defender esos derechos, por levantar esa bandera, por conquistar esa idea en la tierra tienen puestas las rodillas la juventud presente... juventud del Centenario, pináculo histórico de la Revolución Cubana, época de sacrificio y grandeza martiana. Por conquistarla, el ojo avizor tiene la juventud puesto en la entraña de los hombres de verdad, de mente ágil, espíritu gigante, que supieron darlo todo por una Cuba digna de la sangre espontánea de sus hijos, viva en la consolidación de su destino inevitable por el supremo sueño del Apóstol.

A los que prescindieron de los amantes de la libertad para consumar el golpe de Estado, se les levanta en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, eco de un ayer honroso, cuna de un porvenir mejor. Los que no contaron con esa juventud honesta y estudiosa, capaz de escribir con sacrificio y triunfo su homenaje mejor a Martí, ni conocen ni saben que en el corazón de los cubanos todos está

[illegible]r y la vergüenza de la patria y que iremos a ponerla en victoria en los campos excelsos de las palmas. Allí debe estar la justicia del pueblo en este año glorioso. En 1853 con el nacimiento de un hombre luz, comenzó la Revolución Cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una república luz.

A. La Revolución declara que no persigue odio ni sangre inútil, sino salvar la vergüenza de Cuba en su año crucial. Surgiendo de las capas más genuinas del valor criollo, nace la revolución del pueblo cubano con la vanguardia de una juventud anhelante de una Cuba nueva, limpia de pasados errores y de mezquinas ambiciones. Es la revolución emanada de nuevos hombres y de procedimientos nuevos preparada con la potencia y decisión de los que dedican su vida a un ideal.

La Revolución declara que es el frente meditado de un empeño; arrancando de una vez y para siempre todas las ataduras que nos ligan al pasado corrupto y todos los mitos que nos mantienen en el presente de amargura y de dolor.

B. La Revolución se declara libre de trabas con las naciones extranjeras y libre también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios. La Revolución es una entidad viril, y los hombres que la han organizado y que la representan pactan con la sagrada voluntad del pueblo para conquistar el porvenir que merece. La Revolución es la decisiva lucha de un pueblo contra todos los que lo han engañado.

C. La Revolución declara que respeta la integridad de los ciudadanos libres y de los hombres de uniformes que no han traicionado el corazón nacional, ni le han sometido su bandera gloriosa, ni han abjurado de su constitución. Saluda en esta hora decisiva a todo los cubanos de vergüenza, dondequiera que estén, y abraza con júbilo a los decididos que se cobijen sinceros sobre su arco de triunfo.

D. La Revolución declara su energía y rigor contra los que sólo han sabido tener energía y rigor para arrebatar al pueblo sus sagrados derechos e instituciones, conculcando la libertad

y soberanía al costo del dolor y de la angustia de los hijos de Cuba.

E. La Revolución declara su decisión firme de situar a Cuba en el plano de bienestar y prosperidad económica que aseguren su rico subsuelo, su situación geográfica, su agricultura diversificada, y su industrialización, que han sido explotados por gobiernos ilegítimos y espúrios, por ambiciones desmedidas y por interés culpable.

F. La Revolución declara que reconoce y orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, el ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo).

G. La Revolución declara su respeto por las naciones libres de América hermana que han sabido conquistar, a costa de cruentos sacrificios, la posición de libertad económica y justicia social que es el índice de nuestro siglo. Y hace votos, en esta hora decisiva, porque la clarinada cubana sea una estrella más en la conquista de los ideales e intereses latinoamericanos, latentes en la sangre de nuestros pueblos y en el pensamiento de nuestros hombres más ilustres.

H. La Revolución declara su afán y decisión de renovar, íntegra y totalmente, el medio económico nacional, con la implantación de las medidas más urgentes para resolver la crisis y repartir trabajo honrado y dinero equitativo a todos los hogares cubanos; decisión esta que es una e indivisible en el corazón de los hombres que la defienden.

I. La Revolución declara su respeto por los obreros y los estudiantes como masas acreditadas en la defensa de los derechos inalienables y legítimos del pueblo cubano a través de toda la historia, y les augura a ellos y a todo el pueblo, la plasmación de una total y definitiva justicia social basada en el adelanto económico e industrial bajo un plan sincronizado y perfecto, fruto de razonado y meticuloso estudio.

J. La Revolución declara su respeto absoluto y reverente por la constitución que se dio el pueblo en 1940 y la restablece como código oficial. Declara que la única bandera es la tricolor de la estrella solitaria y la eleva como siempre gloriosa y firme al fragor del combate, que no hay otro himno que el nacional cubano reconocido en el mundo entero por la estrofa vibrante:

«¡Que morir por la patria es vivir!»

K. La Revolución declara su amor y su confianza en la virtud, el honor y el decoro del hombre y confiesa su intención de utilizar los que valen de verdad, en función de esas fuerzas del espíritu, en la tarea regia de la reconstrucción cubana. Estos hombres existen en todos los lugares e instituciones de Cuba, desde el bohío campesino hasta el cuartel general de las Fuerzas Armadas; y el ojo avizor de la Revolución los situará en la posición de servicio que Cuba les pide. No es ésta una revolución de castas.

Cuba abraza a los que saben amar y fundar, y desprecia a los que odian y deshacen. Fundaremos la república nueva, con todos y para el bien de todos, en el amor y la fraternidad de todos los cubanos. La Revolución se declara definitiva, recogiendo el sacrificio inconmensurable de las pasadas generaciones, la voluntad inquebrantable de las presentes generaciones, y la vida en bienestar de las generaciones venideras.

En nombre de los mártires
En nombre de los derechos sagrados de la patria.
Por el honor del Centenario...
La Revolución Cubana

JULIO DE 1953

IV. SOBRE LAS LEYES DEL MONCADA

Sobre los bancos del Hospital también se quedaron aquellas mañana los textos de cinco Leyes revolucionarias que habría dictado el Movimiento de triunfar la insurrección el 26 de julio de 1953. Estos documentos, como el Manifiesto, pasaron a formar parte de las piezas de convicción de la Causa 37, incorporándose al sumario de dicha Causa.

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto que el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

Todo esto lo expuso Fidel en el juicio que se le celebró en la salita de las enfermeras del Hospital y consta en *La Historia me absolverá.*

Otra ley concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrenda-

tarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un período de diez años.

La tercera ley otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades de todas las grandes empresas, industriales, mercantiles y mineras, incluyendo los centrales azucareros. La cuarta ley concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos.

La quinta ley ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestado de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operasen en él donde pueden ocultarse bienes malversados y de solicitar a gobiernos extranjeros extradición de personas y embargos de bienes.

También se declaraba que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la Patria de Martí asilo generoso, hermandad y pan.

En *La Historia me absolverá* Fidel señala que esas leyes serían proclamadas en el acto y que luego previo un examen minucioso se tomarían otras medidas fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del Trust Eléctrico y el Trust Telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que habían estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública.

V. «YA ESTAMOS EN COMBATE»

Poema de Raúl Gómez García recitado por él antes de salir hacia el Asalto al Moncada.

Ya estamos en combate
por defender la idea de todos los que han muerto
para arrojar a los malos del histórico templo,
por el heroico gesto de Maceo
por la dulce memoria de Martí.

Ya estamos en combate...
en nombre de las madres y de los hijos de nuestra tierra heroica.
En nombre del honor y del decoro que construyó su historia por la estrofa magnífica del himno.

«Que morir por la patria es vivir»

La libertad anida entre los pechos de los que viven hombres
y por verla en la estrella solitaria es un honor luchar
A la Generación del Centenario le caben
los honores de
construir la patria que soñara el
maestro inmortal.

Ya estamos en combate... ¡Adelante!
Adelante hasta el nido supremo de la gloria
la república digna y decorosa
que fue el último anhelo de Chibás

No importa que en la lucha caigan más héroes dignos
serán más culpa y fango para el fiero tirano.
Cuando se ama a la Patria como un hermoso símbolo
si no se tiene armas, se pelea con las manos.

Ya estamos en combate... ¡Adelante!
De nuestra lucha heroica depende la Cuba verdadera
la de furia loca de Gómez y Agramonte
La de la lucha pura de Mella y de Guiteras...
Adelante cubanos... ¡Adelante!

Por nuestro honor de hombres, ya estamos en combate
Pongamos en ridículo la actitud egoísta del tirano
luchemos hoy o nunca por una Cuba sin esclavos
sintamos en lo hondo la sed enfebrecida de la Patria.
Pongamos en la cima del Turquino la Estrella Solitaria.

(ESCRITO EL 17 DE JULIO DE 1953 Y LEÍDO
EL 26 DE JULIO DE 1953)

ÍNDICE

Hacia el Moncada: continuidad histórica 9

ANEXO 115

I. LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CUBA 117

II. MÁRTIRES DEL MONCADA 121

III. MANIFIESTO DEL MONCADA 125

IV. SOBRE LAS LEYES DEL MONCADA 133

V. «YA ESTAMOS EN COMBATE» 135